

causas similares a las que originarían algo más tarde la rebelión de las colonias españolas. La potencia británica, aunque nunca aplicara en todo su rigor las normas restrictivas y explotadoras del mercantilismo, sometió a sus dependencias americanas a un trato desigual, y sobre todo a partir de su victoria sobre Francia en 1763, se aprovechó de su inmenso poder para imponer a los colonos norteamericanos una serie de medidas tributarias inconsultas y opresivas. Ese factor de índole económica, aunado a la influencia de las grandes ideas emancipadoras universales de la segunda mitad del siglo XVIII, provocó una rebelión de las Trece Colonias a partir de 1775. Al cabo de un año, lo que había sido una rebelión de súbditos ingleses inconformes, se transformó en una guerra de independencia nacional.

La nueva nación solicitó y obtuvo el apoyo político y militar de Francia y España, y eventualmente de Holanda, en contra de la potencia británica, aprovechándose de las animosidades y rivalidades tradicionales existentes entre las mencionadas potencias. Con estos apoyos externos, los colonos insurrectos lograron conquistar su independencia en 1783. Organizado originalmente como confederación de entidades soberanas, Estados Unidos se transformó en 1787 en un Estado federal regido por una Constitución que posteriormente sirvió de modelo para muchos otros ensayos republicanos.

El presidente Washington y su sucesor John Adams, guiados por el pensamiento relativamente conservador del Partido Federalista, llevaron a cabo una política exterior prudente. Washington formuló en 1797 la doctrina de los "dos hemisferios" y del aislacionismo: la república norteamericana se mantendría al margen de alianzas y compromisos europeos de índole político-militar, a cambio de que también el viejo mundo respetara su derecho a una existencia normal y segura.

Jefferson, jefe del Partido Republicano-Demócrata, inició su gobierno en 1801. Fue representante de las mayorías rurales del interior del país. Inicialmente un demócrata revolucionario, partidario de una política exterior de agresiva solidaridad antiabsolutista, por sensatez de estadista adoptó en sus grandes líneas la doctrina de Washington. Su sucesor, Madison, continuó la misma política, pero no pudo evitar un segundo conflicto con Inglaterra, entre los años 1812 y 1814. Jefferson y Madison iniciaron la política expansionista que caracterizaría a Estados Unidos durante toda su vida nacional futura. Impulsados por intereses rurales, adquirieron el vasto territorio de Luisiana (oeste norteamericano entre el Mississippi y las Rocosas), y luego se apoderaron de las colonias españolas de las Floridas, a la vez que afirmaron su disposición a tratar de obtener la posesión de Cuba en una época posterior. La tendencia política mayoritaria, y en cierto sentido más popular y democrática, fue al mismo tiempo la primera vocera del expansionismo: ávido de tierras, el pueblo rural angloamericano estaba dispuesto a apoyar a los grandes y medianos terratenientes del Sur en la empresa de despojar a sus vecinos hispánicos.

## La transición independentista (1790-1828)

### La independencia de Haití

En Haití el movimiento revolucionario que culminó en la independencia se inició en 1790. La Revolución Francesa, aunque no proclamó de inmediato la libertad de los esclavos, otorgó la igualdad jurídica y política a los mulatos y los negros libres, transformándolos en ciudadanos de la República Francesa en el mismo plano que los blancos. Pero esa resolución fue desoída por los latifundistas franceses de Haití, quienes, por decisión de su propia asamblea territorial, mantuvieron la discriminación contra los mulatos. Un conato de insurrección esclava en 1790, dirigida por Santiago Ogé, fue seguido en 1791 por un levantamiento de mulatos. Temerosos de una rebelión de los esclavos, y alentados por los comisionados de la metrópoli revolucionaria, los franceses de Haití concedieron la igualdad a los mulatos en 1792. Una comisión del gobierno, dirigida por mulatos de inspiración jacobina, quiso extender los derechos civiles a los negros libres. Ello provocó un golpe reaccionario de los blancos. El mulato Jacobino Sonthonax prometió la libertad a los esclavos y se alzó con ellos contra la minoría blanca en 1793. En el mismo año se inició la gran guerra de las monarquías contra Francia revolucionaria. Tropas británicas desembarcaron en los puertos haitianos, mientras fuerzas españolas avanzaron desde Santo Domingo. Los principales cabecillas de la revuelta de los negros se retiraron a la parte oriental de la isla y se pusieron al servicio de España.

Entre los oficiales negros haitianos que condujeron tropas bajo mando español contra los franceses se destacó particularmente Toussaint Louverture, extraordinario militar y estadista, verdadero padre de la independencia haitiana. Toussaint tenía como metas firmes la emancipación de su pueblo y la eventual independencia de su patria. Sin embargo, su sentido político le dictaba una táctica gradualista: primero, aprovechar a los españoles contra los esclavistas franceses, luego, desechar a los españoles y conquistar la autonomía haitiana dentro del marco de la hegemonía francesa.

Al haber liberado la mayor parte de Haití con apoyo español, Toussaint firmó la paz con el bando francés liberal y democrático, y se pasó con sus tropas al ejército de Francia. Como consecuencia de ello, en la isla se debilitó la posición española. En 1795, por el Tratado de Basilea, España cedió Santo Domingo a Francia, pero se mantuvo la separación administrativa entre las dos partes de esa Antilla.

Toussaint, nombrado teniente gobernador y general en jefe de las fuerzas armadas de la independencia francesa de Santo Domingo, ejerció un poder cada vez más soberano sobre toda la isla. En 1798, Maitland, almirante inglés, trató de convencer al gobernante negro de que se desprendiera de Francia y se aliara con Gran Bretaña. A cambio de ello, se le reconocía como rey de Santo Domingo.

Toussaint Louverture rechazó el ofrecimiento. Francia, por su parte, desde 1798 trató de restablecer su control completo y efectivo sobre la isla, disminuyendo los poderes de Toussaint. Para tal efecto, azuzaron en su contra al mulato Rigaud, instalado en la parte sur de Haití. Louverture golpeó y derrotó militarmente a Rigaud en 1799 y fortaleció su propio poder, reduciendo la influencia francesa metropolitana a una mera ficción política.

Su gestión de gobernante, en materia interna, fue moderadamente liberal. Conservó las plantaciones para no destruir la economía del azúcar; quiso ordenar a los ex esclavos, convertidos en jornaleros, a continuar trabajando durante cinco años en las haciendas de sus antiguos amos. A cambio de ello los hacendados debían pagar salarios mínimos decentes. Pero ese intento de implantar una economía azucarera capitalista, basada en el trabajo libre, fracasó. Las tensiones sociales engendradas por el pasado eran demasiado fuertes y la experiencia esclavista demasiado traumatizante: como sucedió también en otras Antillas, los negros se negaron a acatar el orden de seguir trabajando bajo sus odiados opresores aunque fuera como obreros libres. Exigieron la expropiación de las plantaciones y su reparto entre los trabajadores rurales. Los hacendados, por su parte, intensificaron la tensión por su arrogancia y brutalidad. Como resultado de ello, la producción azucarera bajó catastróficamente.

Durante este período Toussaint había establecido vínculos cordiales con Estados Unidos: el gobierno del presidente John Adams, haciendo caso omiso de las objeciones de algunos esclavistas del Sur, envió barcos y víveres al gobernante haitiano, y lo alentó a liberarse cada vez más de la dominación francesa.

Napoleón miró el poder autónomo de Toussaint Louverture con creciente irritación. En 1800 el corso concibió el proyecto de establecer un imperio colonial francés en América, con la isla de Santo Domingo y el territorio de Luisiana, al oeste del Mississippi, como núcleos fundamentales. Para tal efecto negoció con España la devolución de Luisiana. En 1801 envió a Haití un ejército al mando de su cuñado, el general Leclerc. Abandonado por otros comandantes haitianos, Toussaint se vio obligado a capitular ante Leclerc en 1802. Después de prometer la libertad y una pensión de retiro al prócer haitiano, los franceses lo arrestaron traicioneramente y lo enviaron a Francia, donde murió prisionero en 1803.

Pero en Haití estallaron nuevamente todas las fuerzas de la revolución social, racial y nacional, en su forma más violenta. Con el caudillo Jean-Jacques Dessalines a la cabeza, el movimiento revolucionario negro —temeroso del restablecimiento de la esclavitud— desencadenó la guerra a muerte contra los blancos. Alrededor de 100.000 hombres combatieron bajo la bandera negra y roja de Dessalines. La fiebre amarilla ayudó a los haitianos y diezmoó al ejército francés. El propio Leclerc murió víctima de la fiebre en 1802. La noticia de su muerte hizo que Napoleón, desalentado, abandonara sus planes colonialistas para América y consintiese en vender Luisiana (violando la promesa hecha a Carlos IV de España) a los enviados norteamericanos Livingston y Monroe.

El ejército francés continuó el combate bajo el mando del atroz Rochambeau pero, para fines del año 1803, acompañado de los sobrevivientes de la población civil blanca de Haití, se embarcó y abandonó la isla, totalmente derrotado por las fuerzas revolucionarias y la naturaleza hostil. El 1° de enero de 1804, Dessalines proclamó la independencia nacional de Haití.

En el transcurso de los combates, los soldados negros se apropiaron y repartieron las haciendas de los blancos. Con el reparto de las plantaciones, la exportación de azúcar decayó casi a cero, quedando el país sumido en grandes dificultades económicas. A ello se agregaron problemas políticos. Dessalines se hizo coronar emperador, pero fue derrotado y muerto en 1806. Durante su reinado había pasado por su mente la idea de invadir Estados Unidos, emancipar a los esclavos y convertir el sur de Norteamérica en un estado negro, federado con Haití. Así mismo, se interesó por el problema de la futura independencia de Hispanoamérica, y manifestó su apoyo a Francisco de Miranda.

Después de la muerte del general Dessalines, Haití quedó dividida entre un reino en el Norte y una república en el Sur. En el norte, el rey Henri Christophe implantó un régimen autoritario y estableció el trabajo obligatorio bajo disciplina colectiva. Reconstituyó las plantaciones bajo la forma de explotaciones colectivas dirigidas por el Estado, y fomentó la producción de azúcar. Lamentablemente siguió colosales energías en la construcción de su suntuosa Ciudadela en Cabo Haitiano, y fue derrocado y muerto en 1820. En el Sur, en Puerto Príncipe, fue proclamada la república bajo la presidencia de Alejandro Petión, amigo y protector de Bolívar. Petión decretó el reparto definitivo de la tierra en parcelas individuales entre los campesinos, dando origen al grave problema del minifundismo, fenómeno que muy pronto deshizo el inicial efecto democrático de la medida y permitió la dominación del capital usurero sobre los campesinos arruinados y desesperados.

La parte hispánica de la isla fue devuelta a España por los tratados de 1814-1815, pero el gobierno de Fernando VII, ocupado en el combate contra las fuerzas de independencia en México y América del Sur, no estableció una autoridad eficaz en Santo Domingo. En 1821, por motivos vinculados a la rebelión de Riego en la madre patria, los dominicanos declararon su independencia. Ello sirvió de pretexto para que el sucesor de Petión, Jean-Pierre Boyer —quien acababa de unificar el norte y el sur de Haití bajo su autoridad única—, invadiera la parte oriental de la isla en 1821 y la anexara a la república negra. Francia reconoció la independencia de la isla de Santo Domingo, unificada bajo el mando de Boyer, en 1825.

### Levantamiento e independencia de las colonias españolas

Durante la última década del siglo XVIII se intensificó el descontento de todas las clases de la sociedad criolla. El ojo acucioso del barón Alejandro de Humboldt, durante su viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Mundo, en los años de transición del siglo XVIII al XIX, notó y comprobó la vehemencia del sentimiento rebelde e inconforme en las diversas capas de la sociedad colonial.

Los terratenientes y comerciantes criollos se quejaban de la falta de libertad de empresa. Al mismo tiempo, protestaban contra las discriminaciones políticas y sociales que los colocaban en desventaja con respecto a los grupos peninsulares dominantes. Las capas medias, integradas por artesanos, pequeños comerciantes y profesionales humildes (en general, mestizos o "pardos"), abrigaban un sentimiento de rebeldía a la vez nacional y social. Los campesinos, sometidos a formas de servidumbre semifeudal, y los esclavos, constituían una gran reserva revolucionaria potencial: el ejemplo haitiano no tardó en llegar a sus oídos.

Por otra parte, Latinoamérica vibraba con ideas nuevas, llegadas desde más allá del océano. Los intelectuales, y sobre todo la juventud, rechazaban el dogmatismo, la censura y los resabios de la Inquisición. El liberalismo, el racionalismo y los ideales de la francmasonería penetraban en Hispanoamérica. La literatura subversiva o revolucionaria de Francia e Inglaterra entraba de contrabando a los puertos iberoamericanos y pasaba de mano en mano. El ejemplo de la Revolución en armas entusiasma y estimulaba.

La ocupación napoleónica de España y la rebelión del pueblo español contra el usurpador fueron detonantes directos de la rebelión en las colonias. En 1810 se constituyeron juntas patrióticas y se desconoció la autoridad de los gobiernos peninsulares en Caracas, México, Bogotá, Buenos Aires y otras capitales provinciales de América. Caracas y Buenos Aires serían luego los más importantes centros de irradiación revolucionaria patriótica. El gran movimiento de los pueblos en búsqueda de su libertad encontró a dirigentes y próceres de extraordinaria envergadura, descolgando entre ellos la figura gigantesca de Bolívar.

En México, el sacerdote Miguel Hidalgo dirigió la primera ola revolucionaria, con un pronunciado contenido popular. Para 1812 Hidalgo fue derrotado y muerto, pero José María Morelos recogió la bandera de la insurrección patriótica y se colocó a la cabeza del pueblo. En 1813 convocó al primer congreso mexicano y proclamó la independencia formalmente. En 1815 Morelos perdió la vida, pero la lucha independentista continuó, siempre con la más activa participación de las clases humildes. Cuando en 1820 se supo la noticia de la revolución liberal ocurrida en España, bajo la jefatura de Riego, cambió la actitud de los sectores conservadores mexicanos ante el problema de la independencia nacional.

Mientras en España prevaleció el absolutismo tradicionalista de Fernando VII, las oligarquías latinoamericanas se sintieron respaldadas y amparadas por el poder de la corona. Pero cuando súbitamente España se convirtió en foco del detestado liberalismo, enemigo de los privilegios aristocráticos y feudales, la oligarquía criolla prefirió romper los vínculos con la madre patria y procurar que un régimen conservador y monárquico se estableciese en un México independiente. Influído por la oligarquía, el general realista Agustín Iturbide negoció un acuerdo con el comandante republicano Vicente Guerrero, para proclamar en 1821 el Plan de Iguala, que previó la independencia nacional de México bajo un signo conservador. En 1822, Iturbide fue designado emperador por un congreso dominado por la oligarquía tradicionalista.

Entre tanto, la Capitanía General de Guatemala se había mantenido bajo dominación española y al margen de la guerra independentista. Centroamérica estaba unida bajo la autoridad de Guatemala, que tendía a asfixiar las peculiaridades de las provincias más pequeñas.

En Guatemala se había implantado un sistema latifundista, basado en la abundante mano de obra agrícola que constituyen los laboriosos indios, descendientes de la civilización maya. Por ello, en la provincia dominante de la Capitanía General, la oligarquía terrateniente y el pensamiento conservador tenían su asidero más importante. Las cuatro provincias menores, menos oligárquicas y más vinculadas al mercado exterior, eran más permeables a la corriente ideológica liberal. Costa Rica representaba socialmente el extremo opuesto al de Guatemala, con una región de escasa población indígena, colonizada por descendientes de españoles

dedicados a la agricultura en explotaciones de tamaño mediano y pequeño, y con un pensamiento latifundista relativamente débil. En el conjunto de Centroamérica, la presión conservadora, con base en Guatemala, logró ahogar los movimientos republicanos e liberales, y mantener la autoridad de la corona española. Pero en 1820 se presentó el mismo fenómeno que en México. La nueva España liberal provocó la antipatía y el temor de los terratenientes guatemaltecos; además era tentador —para los productores y comerciantes centroamericanos, al igual que para los mexicanos y los de toda Latinoamérica— el acceso al libre comercio mundial, con Gran Bretaña como socio principal. Como Iturbide, los dirigentes conservadores de Guatemala en 1821 reanuvieron abrazar la causa de la independencia. Poco después, pidieron que Centroamérica fuese anexada al imperio mexicano de Agustín Iturbide; esa unión se efectuó en 1822.

Para el imperio no duró más de 18 meses. El pueblo de México no toleró el régimen ultraconservador de Iturbide. Sus propias ambiciones y las presiones populares impulsaron a los generales de la independencia a alzarse contra el antiguo conservador de armas y a deponerlo. En 1823 fue proclamada la república.

Casi de inmediato Centroamérica resolvió cortar sus lazos con México. Los liberales, que desde el principio habían combatido la anexión al gran vecino, de pronto hallaron apoyo de los conservadores, que temían posibles iniciativas liberales de la República Mexicana. Una asamblea reunida en Guatemala proclamó la independencia de Centroamérica y, en 1824, adoptó una Constitución federal, modelada sobre la Carta Magna de los Estados Unidos de Norteamérica.

Cuba, durante la lucha por la independencia de los demás países de América, se mantuvo bajo dominación española. La gran prosperidad azucarera, estimulada por el conflicto napoleónico y luego por el debilitamiento de algunos competidores, tal como Haití, hizo que en Cuba se sintieran satisfechos con el *statu quo* colonial. Las corrientes políticas radicales e independentistas, inspiradas por los ideales de la Revolución Francesa y del liberalismo inglés, así como por el ejemplo de Bolívar, fueron dominadas y reprimidas por las autoridades realistas.

Cuando a partir de 1824 ya Sudamérica estaba libre, Bolívar y sus compañeros empezaron seriamente en armar una expedición para liberar a Cuba de la dominación española. En la isla, la Sociedad de Soles y Rayos de Bolívar, logia radical e independentista, promovía, mediante una propaganda ilegal pero eficaz, la emancipación de Cuba y su acercamiento a la Gran Colombia. Pero Estados Unidos, al conocer los preparativos que en 1825 se estaban haciendo en Venezuela y Nueva Granada para invadir a Cuba, se alarmaron y adoptaron una posición radicalmente opuesta a la idea. Para John Q. Adams, presidente de Estados Unidos, la liberación de Cuba por la Gran Colombia significaría la pérdida de un futuro campo de expansión norteamericana y la extensión de la influencia británica (a través de la Gran Colombia) sobre Cuba. Inglaterra, siempre inclinada a dividir para dominar, contribuyó, a su vez, a convencer a las repúblicas hispanoamericanas para que abandonaran sus planes con respecto a la liberación de Cuba.

Puerto Rico igualmente se mantuvo bajo dominación española. Cabe señalar, sin embargo, que el ambiente psicológico de la isla fue tan favorable a la causa de la emancipación hispanoamericana, que las autoridades locales, junto con los representantes de la población, se negaron rotundamente al reclutamiento de

puertorriqueños por parte de los ejércitos realistas, y manifestaron que no daban a Fernando VII ni siquiera "un solo miliciano para llevarlo a pelear contra sus hermanos los caraqueños".

En Venezuela, a raíz del desconocimiento del capitán general Vicente Emparan, el 19 de abril de 1810 una Junta Patriótica asumió el poder. Aunque dicha junta inició sus funciones en nombre de Fernando VII, desde el comienzo un grupo de radicales que aspiraban a la independencia nacional de Venezuela empezó a ejercer influencia. Como colonia económicamente muy vinculada al mercado exterior —con sus largas costas abiertas al Atlántico y al Caribe—, Venezuela estaba destinada a sentir con particular ímpetu las influencias del liberalismo y del espíritu revolucionario universales. Al cabo de un año —el 5 de julio de 1811— Venezuela declaró su independencia, impulsada por el grupo patriota radical.

En Nueva Granada el movimiento revolucionario también surgió en Bogotá y otras ciudades a partir de 1810. En la provincia una oligarquía realista se opuso inicialmente a la corriente patriota. A partir de 1813, las gestas emancipadoras de Nueva Granada y de Venezuela se entrelazaron y unieron. El esfuerzo independentista mancomunado derivó, en 1819, en la creación de la Gran Colombia, a la cual se unió Quito, donde existieron impulsos liberales e independentistas desde 1810 hasta que la liberaron las tropas del mariscal Sucre.

Perú experimentó rebeliones independentistas desde 1810 pero permaneció en manos realistas hasta 1820, cuando los ejércitos de San Martín penetran el país. Aun después de ello continuó la resistencia realista, y fue sólo en 1825 cuando, con la batalla de Ayacucho, se dio el toque final a la independencia peruana. Perú había constituido la colonia más aristocrática y más feudal del imperio español, un prestigioso y espléndido virreinato con una clase dominante satisfecha y tradicionalista, y un pueblo duramente reprimido. Algunos sectores del país aceptaron la independencia a regañadientes, como una imposición desde el exterior. El Alto Perú —Charcas, posteriormente Bolivia— proclamó su independencia separadamente del resto del antiguo virreinato, el 6 de agosto de 1825.

En Chile existió una junta patriótica que apoyaba la independencia desde 1812, y que en 1814 negoció un acuerdo con los realistas, bajo mediación inglesa. El acuerdo fue repudiado tanto por los patriotas chilenos como por el virrey de Perú, y la nación chilena batalló por su independencia en dura lucha, a partir de 1816, bajo la dirección de Bernardo O'Higgins, quien recibió el apoyo militar de San Martín.

Argentina constituyó un foco fundamental del movimiento de independencia latinoamericano. En 1806 una fuerza expedicionaria inglesa, comandada por el almirante Sir Home Popham y el general William Beresford, ocupó Buenos Aires, tratando de levantar al pueblo argentino contra el rey de España (en aquel momento aliado de Napoleón y adversario de Gran Bretaña). Pero los ingleses fueron repelidos por el pueblo bonaerense (en cuyo seno crecía el afán de libertad pero que no estaba dispuesto a aceptar una emancipación impuesta por armas extranjeras). Sólo en 1810 Buenos Aires y otras provincias rioplatenses se alzaron contra el poder español. Esta vez la rebelión fue fuerte y decidida. En Buenos Aires una cohorte de hombres patrióticos ascendió al poder y comenzó a marcar el destino de la nación argentina. En 1816 se declaró la independencia definitiva de Argentina por parte del Congreso de Tucumán. Ya los ejércitos de San Martín habían liberado el país y se encontraban en Chile, en avance hacia Perú.

Entre las provincias del Río de la Plata, Paraguay poseía una raíz propia desde la etapa colonial. La población india guaraní imprimió a la nación paraguaya características étnicas y culturales que la diferencian de sus vecinos. Durante el siglo XVIII el país tuvo experiencias importantes. A principios de ese siglo surgió en los centros urbanos y en zonas rurales vinculadas a las corrientes del comercio un importante movimiento de comuneros, precursores de la democracia y de la conciencia nacional independiente. Por otra parte, las zonas de fuerte población indígena fueron objeto del interesante ensayo socialista de los padres jesuitas: esbozo de una República de Platón o de un Reino de Dios sobre la tierra, con propiedad común del agro y otros medios de producción, y la aplicación del principio "a cada quien según su trabajo". La expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España en 1776 derivó en la brutal ocupación de las tierras indígenas y en la esclavización de los indios paraguayos por parte de los terratenientes pero, junto con el recuerdo de la rebelión de los comuneros, quedó grabada en la mente del pueblo el recuerdo de la justicia social y la autarquía económica implantadas por los jesuitas. Cuando en 1810-1811 Paraguay sintió los vientos de la rebelión hispanoamericana, su autoafirmación nacional tuvo un carácter específico, distinto del que ese proceso revistió en otras partes del continente. La declaración de independencia paraguaya —la primera de toda Hispanoamérica— se dio en mayo de 1811, bajo la jefatura del doctor Gaspar Rodríguez Francia, quien asumió el mando político del país con el apoyo de las capas medias y populares. Hasta su muerte, en 1840, Rodríguez Francia presidió un régimen nacionalista con aspiraciones de autarquía económica, manteniéndose al margen de las relaciones internacionales de los demás pueblos latinoamericanos.

En Uruguay, o Banda Oriental, un primer impulso hacia la independencia fue dado desde fuera por la intervención inglesa en 1807. Después de su fracaso en Buenos Aires, los británicos se atrincheraron en Montevideo y, desde allí, trataron de sublevar a la América Latina contra el rey de España. Al igual que los bonaerenses, el pueblo uruguayo rechazó a los invasores y se mantuvo leal a las autoridades españolas. Sin embargo, en 1810 la Banda Oriental se alzó, bajo la jefatura de José Artigas, patriota vinculado a la población rural. Ocupado por las fuerzas de la monarquía luso-brasileña en 1811 y, nuevamente, en 1817, anexado a Brasil desde esa fecha hasta 1824, Uruguay tardó en adquirir su independencia. Esta se logró en 1828, por voluntad y conforme a los intereses de la potencia británica mediadora entre Brasil y Argentina.

## Brasil

La independencia de Brasil se realizó por una vía distinta a la que siguieron los países de habla española. En 1807 don Juan de Braganza, regente de Portugal, se trasladó de Europa a Brasil para escapar de Napoleón, quien había invadido y ocupado el reino portugués. Don Juan estableció un gobierno eficaz en la vasta posesión americana de su país. Brasil fue del gusto del príncipe, quien decidió permanecer allí, en vez de retornar a Portugal, aun después de la caída de Napoleón. Su labor en materia administrativa fue beneficiosa para la nación brasileña, ya que creó los mecanismos adecuados para mantener unido y coordinado el enorme país.

puertorriqueños por parte de los ejércitos realistas, y manifestaron que no darían a Fernando VII ni siquiera "un solo miliciano para llevarlo a pelear contra sus hermanos los caraqueños".

En Venezuela, a raíz del desconocimiento del capitán general Vicente Emparan, el 19 de abril de 1810 una Junta Patriótica asumió el poder. Aunque dicha junta inició sus funciones en nombre de Fernando VII, desde el comienzo un grupo de radicales que aspiraban a la independencia nacional de Venezuela empezó a ejercer influencia. Como colonia económicamente muy vinculada al mercado exterior —con sus largas costas abiertas al Atlántico y al Caribe—, Venezuela estaba destinada a sentir con particular ímpetu las influencias del liberalismo y del espíritu revolucionario universales. Al cabo de un año —el 5 de julio de 1811— Venezuela declaró su independencia, impulsada por el grupo patriota radical.

En Nueva Granada el movimiento revolucionario también surgió en Bogotá y otras ciudades a partir de 1810. En la provincia una oligarquía realista se opuso inicialmente a la corriente patriota. A partir de 1813, las gestas emancipadoras de Nueva Granada y de Venezuela se entrelazaron y unieron. El esfuerzo independentista mancomunado derivó, en 1819, en la creación de la Gran Colombia, a la cual se unió Quito, donde existieron impulsos liberales e independentistas desde 1810 hasta que la liberaron las tropas del mariscal Sucre.

Perú experimentó rebeliones independentistas desde 1810 pero permaneció en manos realistas hasta 1820, cuando los ejércitos de San Martín penetraron el país. Aunque después de ello continuó la resistencia realista, y fue sólo en 1825 cuando, con la batalla de Ayacucho, se dio el toque final a la independencia peruana. Perú había constituido la colonia más aristocrática y más feudal del imperio español, un prestigioso y espléndido virreinato con una clase dominante satisfecha y tradicionalista, y un pueblo duramente reprimido. Algunos sectores del país aceptaron la independencia a regañadientes, como una imposición desde el exterior. El Alto Perú —Charcas, posteriormente Bolivia— proclamó su independencia separadamente del resto del antiguo virreinato, el 6 de agosto de 1825.

En Chile existió una junta patriótica que apoyaba la independencia desde 1812, y que en 1814 negoció un acuerdo con los realistas, bajo mediación inglesa. El acuerdo fue repudiado tanto por los patriotas chilenos como por el virrey de Perú, y la nación chilena batalló por su independencia en dura lucha, a partir de 1816, bajo la dirección de Bernardo O'Higgins, quien recibió el apoyo militar de San Martín. Argentina constituyó un foco fundamental del movimiento de independencia latinoamericano. En 1806 una fuerza expedicionaria inglesa, comandada por el almirante Sir Home Popham y el general William Beresford, ocupó Buenos Aires, tratando de levantar al pueblo argentino contra el rey de España (en aquel momento aliado de Napoleón y adversario de Gran Bretaña). Pero los ingleses fueron repelidos por el pueblo bonaerense (en cuyo seno crecía el afán de libertad pero que no estaba dispuesto a aceptar una emancipación impuesta por armas extranjeras). Sólo en 1810 Buenos Aires y otras provincias rioplatenses se alzaron contra el poder español. Esta vez la rebelión fue fuerte y decidida. En Buenos Aires una cohorte de hombres patrióticos ascendió al poder y comenzó a marcar el destino de la nación argentina. En 1816 se declaró la independencia definitiva de Argentina por parte del Congreso de Tucumán. Ya los ejércitos de San Martín habían liberado el país y se

encontraban en Chile, en avance hacia Perú.

Entre las provincias del Río de la Plata, Paraguay poseía una raíz propia desde la etapa colonial. La población india guaraní imprimió a la nación paraguaya características étnicas y culturales que la diferencian de sus vecinos. Durante el siglo XVIII el país tuvo experiencias importantes. A principios de ese siglo surgió en los centros urbanos y en zonas rurales vinculadas a las corrientes del comercio un importante movimiento de comuneros, precursores de la democracia y de la conciencia nacional independiente. Por otra parte, las zonas de fuerte población indígena fueron objeto del interesante ensayo socialista de los padres jesuitas: esbozo de una República de Platón o de un Reino de Dios sobre la tierra, con propiedad común del agro y otros medios de producción, y la aplicación del principio "a cada quien según su trabajo". La expulsión de los jesuitas de los dominios del rey de España en 1776 derivó en la brutal ocupación de las tierras indígenas y en la esclavización de los indios paraguayos por parte de los terratenientes pero, junto con el recuerdo de la rebelión de los comuneros, quedó grabada en la mente del pueblo el recuerdo de la justicia social y la autarquía económica implantadas por los jesuitas. Cuando en 1810-1811 Paraguay sintió los vientos de la rebelión hispanoamericana, su autoafirmación nacional tuvo un carácter específico, distinto del que ese proceso revistió en otras partes del continente. La declaración de independencia paraguaya —la primera de toda Hispanoamérica— se dio en mayo de 1811, bajo la jefatura del doctor Gaspar Rodríguez Francia, quien asumió el mando político del país con el apoyo de las capas medias y populares. Hasta su muerte, en 1840, Rodríguez Francia presidió un régimen nacionalista con aspiraciones de autarquía económica, manteniéndose al margen de las relaciones internacionales de los demás pueblos latinoamericanos.

En Uruguay, o Banda Oriental, un primer impulso hacia la independencia fue dado desde fuera por la intervención inglesa en 1807. Después de su fracaso en Buenos Aires, los británicos se atrincheraron en Montevideo y, desde allí, trataron de sublevar a la América Latina contra el rey de España. Al igual que los bonaerenses, el pueblo uruguayo rechazó a los invasores y se mantuvo leal a las autoridades españolas. Sin embargo, en 1810 la Banda Oriental se alzó, bajo la jefatura de José Artigas, patriota vinculado a la población rural. Ocupado por las fuerzas de la monarquía luso-brasileña en 1811 y, nuevamente, en 1817, anexionado a Brasil desde esa fecha hasta 1824, Uruguay tardó en adquirir su independencia. Esta se logró en 1828, por voluntad y conforme a los intereses de la potencia británica mediadora entre Brasil y Argentina.

## Brasil

La independencia de Brasil se realizó por una vía distinta a la que siguieron los países de habla española. En 1807 don Juan de Braganza, regente de Portugal, se trasladó de Europa a Brasil para escapar de Napoleón, quien había invadido y ocupado el reino portugués. Don Juan estableció un gobierno eficaz en la vasta posesión americana de su país. Brasil fue del gusto del príncipe, quien decidió permanecer allí, en vez de retornar a Portugal, aun después de la caída de Napoleón. Su labor en materia administrativa fue beneficiosa para la nación brasileña, ya que creó los mecanismos adecuados para mantener unido y coordinado el enorme país.

En materia de política exterior, don Juan se sintió obligado a defender el principio de la legitimidad monárquica y a intervenir represivamente contra ciertos movimientos independentistas y republicanos de territorios hispánicos. Al mismo tiempo, esa política intervencionista respondió a los intereses de las clases dominantes brasileñas, deseosas de extender sus posesiones territoriales.

La española Carlota Joaquina de Borbón, esposa de don Juan, actuó por iniciativa propia al anunciar su intención de asumir la regencia sobre Hispanoamérica, en nombre de la sucesión legítima, una vez que Napoleón había impuesto en España la monarquía usurpadora de José Bonaparte. Carlota acudió directamente a los ingleses y pidió el apoyo de la escuadra de Sir Sidney Smith para ocupar Uruguay en nombre de los Borbones de España. Pero la Gran Bretaña, junto con don Juan, se opuso al proyecto, y contribuyó a contrarrestar los proyectos y las intrigas de la ambiciosa mujer. El propio don Juan estaba dispuesto a intervenir contra los movimientos revolucionarios latinoamericanos, pero no a dejarse envolver por su esposa en un proyecto de virtual anexión de toda la porción hispánica del continente. En cuanto a los ingleses, su interés económico y político les dictaba la conveniencia de impedir la constitución de un poder unificado en la América Latina. El expansionismo comercial británico derivaría en mayor provecho de la existencia de varios núcleos políticos latinoamericanos, relativamente débiles, y no en la creación de un solo centro de decisión, con la eventual capacidad de oponerse eficazmente a los designios de la gran potencia mercantil.

En 1815 don Juan elevó Brasil a la categoría de reino y le otorgó la igualdad jurídica del propio Portugal. Con ello dio satisfacción a los anhelos de los terratenientes y comerciantes del país, a la vez que acalló los reclamos autonomistas de los liberales. En 1818, luego de la muerte de su madre, don Juan asumió la corona del Reino Unido de Portugal, Brasil y los Algarves. En esa época, el jefe de la diplomacia inglesa, Castlereagh, trató de convencer al nuevo rey de que regresara a Lisboa para mantener y estabilizar el orden en Portugal, pero don Juan rechazó la sugerencia y optó por permanecer en Brasil.

En 1816 las tropas brasileñas penetraron en Uruguay (Banda Oriental) para reprimir las fuerzas rebeldes de Artigas. Este había contado con el apoyo de las demás provincias del Río de la Plata, pero en 1816 el gobierno unitario argentino, presidido por Pueyrredón como director supremo, asumió una actitud hostil hacia el caudillo uruguayo, quien quedó abandonado, dejando libre a Brasil para intervenir contra él. Gran Bretaña, a su vez, se sintió complacida por el sometimiento de Artigas, cuyo nacionalismo constituía un obstáculo potencial para la libre penetración de las mercancías inglesas. Cuando en 1819 Pueyrredón fue derrocado y Argentina volvió a una estructura confederal, ya Uruguay estaba firmemente ocupado por los brasileños.

La independencia de Brasil se produjo en 1822, después de que Juan VI aceptara, finalmente, trasladarse a Lisboa para jurar fidelidad a los principios de la Constitución que los liberales portugueses, llegados al poder en 1820, habían elaborado. Inicialmente, Juan no quiso viajar sino que ofreció enviar a Lisboa a su hijo, don Pedro. Las Cortes portuguesas insistieron en que Juan arreglara el asunto personalmente; en Brasil mismo los liberales ejercieron presiones para que el rey comparciera ante los representantes del pueblo luso, y que él manifestara su aceptación de los principios constitucionales. Bajo esa presión, don Juan salió para

el Viejo Mundo, dejando al príncipe Pedro como regente de Brasil durante su ausencia. Pronto llegaron noticias preocupantes: las Cortes portuguesas, estimando que la libertad debía otorgarse a nivel individual a todos los ciudadanos del reino — eliminándose a cambio de ello los fueros regionales —, tenían la intención de despojar a Brasil de su condición autónoma para someterlo nuevamente al gobierno de la metrópoli. Esto provocó la oposición tanto de los liberales como de los conservadores. Los primeros vieron en el centralismo de las Cortes una violación de la libertad y del respeto a la personalidad de todas las partes del reino. Los segundos rechazaron el liberalismo de las Cortes portuguesas; temían que un mayor control por parte de los reformistas de Lisboa representara un peligro para los privilegios de los terratenientes de Brasil. Por presión conjunta de los sectores liberales y conservadores mencionados, el regente Pedro aceptó, el 7 de septiembre de 1822, dar el "grito de Ypiranga" y proclamar la independencia del país. Pedro reconoció la inevitabilidad de la independencia y, al abandonar la causa de su padre y aceptar el título de Emperador de Brasil que los patriotas le ofrecían, pensó salvar por lo menos el principio monárquico y la continuidad de los Braganza como familia reinante en Río de Janeiro y Lisboa.

### Relaciones entre los nuevos países

Las luchas por la independencia latinoamericana provocaron inevitables problemas y diferencias entre los diversos países que estaban surgiendo a la vida soberana.

Ya hemos mencionado las relaciones entre México y América Central. Esta Capitanía General se había liberado de la dominación española sólo en 1821, bajo la jefatura fundamental de los conservadores de Guatemala. En vista de que en el vecino México se estableció en aquellos momentos la dictadura y luego la monarquía de Agustín Iturbide, los conservadores centroamericanos promovieron la anexión de su país al imperio mexicano. En 1823, al proclamarse la república en México, la oligarquía guatemalteca resolvió independizarse y se unió a los liberales contra la dominación mexicana. Para 1824 las Provincias Unidas de Centroamérica adoptaron su Constitución federal. Como herencia del breve período de anexión a México quedó en el ánimo de los centroamericanos cierta prevención contra su fuerte vecino del Norte. México a lo largo de su historia independiente ha representado para los centroamericanos un foco de atracción en muchos aspectos, pero al mismo tiempo también aparece como un "coloso" potencialmente absorbente.

En América del Sur, el proceso independentista provocó un enfrentamiento ideológico y diplomático entre los dos libertadores, Bolívar y San Martín. Estos dos grandes hombres encarnaban dos concepciones distintas del porvenir de la América Latina. Ambos se inspiraron en las ideas universales del liberalismo. Con todo, la formación intelectual de Bolívar, a través de Simón Rodríguez, fue más rousseauiana, más democrática que la de San Martín. El libertador argentino concebía la libertad de los pueblos según los patrones de la masonería británica; su espíritu revolucionario era menos radical que el del venezolano. Mientras Bolívar insistía en el republicanismo y en la ruptura integral con todo poder político del Viejo Mundo,

San Martín aceptaba la fórmula de la monarquía constitucional posiblemente con príncipes salidos de dinastías europeas. Tanto Bolívar como San Martín eran partidarios de la alianza con Gran Bretaña al aceptar a esa potencia como el futuro socio comercial más importante; pero el prócer argentino se inclinaba más que el venezolano a escuchar los consejos del Foreign Office con respecto a la estructura política futura de la América Latina. Por último, en el plano personal, las ambiciones de Bolívar chocaban con las de la dirección política y militar argentina.

Los ejércitos conducidos por los dos libertadores avanzaron simultáneamente, en direcciones opuestas, y se encontraron en la frontera norte de Perú en 1822. Las fuerzas bolivarianas habían liberado la provincia de Quito y las de San Martín se encontraban en tierras peruanas. Se planteaba entre los dos libertadores el problema del porvenir de Guayaquil —¿Perú o Colombia?—, además del interrogante sobre la futura fórmula constitucional de los países liberados: ¿monarquía constitucional (conforme al anhelo de los ingleses) o régimen republicano?

Bolívar invitó a San Martín a la entrevista de Guayaquil que se realizó el día 26 de julio de 1822. Son desconocidos muchos pormenores de la conversación que sostuvieron los dos grandes hombres. Sabemos que, como resultado de ella, el general San Martín se inclinó ante las tesis bolivarianas en casi todos los aspectos. Guayaquil quedó incluida en la Gran Colombia. Las fuerzas de San Martín se retiraron de Perú y lo dejaron en el ámbito de influencia de Bolívar. El principio republicano —en el cual insistió el héroe caraqueño— fue aplicado a todos los países hispanoamericanos liberados. El libertador argentino se retiró al poco tiempo de la vida pública y partió al extranjero. Lo asombroso es que una retirada tan importante de un prestigioso estadista y conductor de ejércitos ante otro se haya realizado sin conflicto aparente, sin amenazas de guerra civil y sin que se haya manifestado posteriormente en el pensamiento de San Martín ningún resentimiento hacia Simón Bolívar (sus presuntas quejas antibolivarianas son apócrifas). Tal conducta sólo es comprensible si se considera que la época era de grandeza en todos los órdenes, y que eso se reflejó en el ánimo de los libertadores.

Por último, el proceso independentista suscitó diferencias importantes entre Brasil y las provincias del Río de la Plata. La ocupación y anexión de la Banda Oriental (Uruguay), incorporada a Brasil como "provincia cisplatina", no fue aceptada por el pueblo argentino ni tampoco por sus dirigentes patrióticos. El conflicto brasileño-argentino estalló a raíz del desembarco de los treinta y tres patriotas uruguayos en 1825 y la declaración de la independencia de Uruguay en agosto de ese mismo año. Buenos Aires y otras provincias argentinas acudieron en ayuda de los patriotas uruguayos contra las fuerzas imperiales brasileñas. Las armas argentinas demostraron su superioridad sobre las brasileñas, pero la corte de Río de Janeiro empleó la diplomacia para impedir que la Banda Oriental fuese incorporada a las provincias del Plata. A tal fin, los brasileños movilizaron a los ingleses, interesados en controlar la salida del Río de la Plata y en impedir que Uruguay formase parte del conjunto geopolítico, vasto y difícil de dominar, que constituía la ascendente nación argentina. La mediación británica, aceptada por brasileños y argentinos, promovió la fórmula de la independencia de Uruguay, suscribiéndose el correspondiente convenio en 1828. El arreglo beneficiaba los intereses imperiales de Gran Bretaña, ya que un Uruguay independiente y débil constituía un punto fácilmente penetrable, y era además una amenaza de discordia permanente entre dos

grandes países que de este modo difícilmente llegarían a unificar sus políticas frente a la potencia inglesa. Lord Ponsonby, el mediador británico, lo expresó en términos más benévolo: "Hemos metido", dijo, "un pedazo de algodón entre dos cristales" (Delgado de Carvalho, 1959, p. 60).

### Latinoamérica frente al mundo exterior

El proceso de independencia latinoamericana se enmarca en la historia general de la época de la Revolución Francesa, de Napoleón y de la Restauración. Al mismo tiempo, constituye un episodio dentro de la pugna de los imperios europeos por la posesión de factorías y mercados ultramarinos. El descontento de las aristocracias y los pueblos de Latinoamérica ante la dominación colonial española y portuguesa se vio influido y estimulado por la gran corriente de la revolución liberal burguesa. Por otra parte, las ambiciones comerciales de Gran Bretaña en pleno desarrollo industrial hicieron de esa potencia el principal actor externo en el desenvolvimiento de la lucha independentista hispanoamericana.

Los esfuerzos de Gran Bretaña —así como de Holanda y Francia— por penetrar comercialmente en los imperios español y portugués, ya han sido señalados en un capítulo anterior. Para fines del siglo XVIII Inglaterra había logrado una parte de sus aspiraciones: tenía un asidero en las Antillas y participaba en algunos aspectos del comercio con las colonias españolas, pero todavía quedaba por realizar el objetivo de la penetración económica directa en todo el vasto continente sudamericano. La revolución industrial, que se inició alrededor de 1770, dio impulso al expansionismo económico británico. El auge de la industria manufacturera británica durante la época del bloqueo napoleónico intensificó esa tendencia expansionista y la transformó en "imperialismo liberal".

Los sectores dirigentes de las colonias, por su parte, deseaban la abolición del monopolio hispano-portugués y la posibilidad de tener, a su vez, libre acceso al mercado mundial —sobre todo inglés— sin tener que pasar por los canales monopolistas ibéricos. En las regiones iberoamericanas más estrechamente vinculadas al mercado exterior esa aspiración era más fuerte, mientras el conservadurismo realista predominaba en aquellas zonas donde las condiciones eran las de una economía cerrada, feudal o semifeudal. En las regiones donde existía mayor relación económica con el mundo exterior también estaban dadas las condiciones para una mayor flexibilidad ideológica y para la acogida de ideas progresistas de vigencia universal. Las capas terratenientes vinculadas al capitalismo internacional, así como los sectores comerciales criollos, llegaron a aceptar los principios de liberalismo inglés y de la Revolución Francesa en la medida en que esas ideas pudieran servir como armas contra el realismo opresor y que no se planteara su aplicación plena en el futuro orden interno de las colonias emancipadas. Así como hoy algunos grupos nacionalistas burgueses del Tercer Mundo se dicen "socialistas", sin tener la intención de implantar un socialismo auténtico en sus países, los aristócratas y los grandes comerciantes de la época de la independencia latinoamericana se declaraban "liberales" sin serlo en sus relaciones con las clases populares de su propio medio. En ambos casos, la ideología progresista sirve como arma contra el opresor foráneo, pero no como guía para la reorganización social interna.

De todas maneras, por su impacto ideológico —además del económico y político práctico—, los modelos que tuvieron importancia para los patriotas de la América Latina fueron el inglés, el francés y el norteamericano. La monarquía constitucional y el parlamentarismo británicos, la doctrina de Rousseau, la Revolución Francesa y la práctica democrática de Washington y Jefferson, así como las enseñanzas de la masonería, constituyeron los principales elementos que, unidos al interés económico, inspiraron a los dirigentes de la independencia.

La Revolución Francesa iniciada en 1789 pronto provocó una guerra general en Europa. En 1792, Austria, Prusia e Inglaterra empuñaron las armas contra la causa libertadora del pueblo francés. A partir de 1796 España se vio obligada a acompañar a Francia: bajo presión del país revolucionario de Europa, la monarquía conservadora hispánica tuvo que aliarse con él. Así, Inglaterra tuvo como adversarios no sólo a Francia sino también a España, aprovechando la ocasión para apoderarse de Trinidad en 1797 y para incitar movimientos americanos de rebelión, principalmente en el de Gual y España en Venezuela.

Los años comprendidos entre 1801 y 1804 fueron de tregua entre Francia y el resto de Europa. Napoleón Bonaparte, cuya estrella surgió vertiginosamente a partir de 1797, y quien tomó el poder como Primer Cónsul en 1799, organizó y consolidó el Estado moderno en Francia. En 1803, al meditar sobre el modelo del nuevo Estado que quería, el gran corso se decidió a favor del camino imperial. Como árbitro entre la gran burguesía moderada y el pueblo jacobino, Napoleón sería emperador de allí en adelante e identificaría el destino de Francia con el de su propia persona.

La guerra de Napoleón contra Inglaterra y la coalición antifrancesa recomenzó a principios de 1804. España, aliada de Napoleón, declaró ese mismo año la guerra a los ingleses; éstos de algún modo la habían provocado con sus intenciones de intervenir bajo cualquier pretexto en América Latina. Para ello Inglaterra tuvo un valioso aliado en la persona de Francisco de Miranda, establecido en Londres. El Precursor había cultivado la amistad de William Pitt el joven, primer ministro del rey, así como también la de empresarios y comerciantes como Turnbull, y directivos del almirantazgo como Sir Home Popham. En 1804, Miranda y Popham elaboraron planes para atacar el imperio español en Venezuela, Buenos Aires, Lima, Panamá y Valparaíso. Los dirigentes ingleses aseguraron a Miranda que no anexarían ni retendrían ninguna porción del territorio americano arrebatado a España, sino que se conformarían con la libertad para comerciar con el continente. Pitt y Miranda se pusieron de acuerdo: tan pronto como España volviese a estar oficialmente en guerra con Gran Bretaña se realizaría la empresa propuesta por el Precursor.

Pero el zar de Rusia, aliado de Inglaterra, instó a esa potencia a que tratase de reconciliarse con España para llevarla al campo antinapoleónico. Para complacer al zar, Pitt aplazó su plan de ayudar a Miranda, por lo cual éste se decepcionó y viajó a Estados Unidos en busca de un respaldo más efectivo. En ningún momento pensó Miranda en la posibilidad de volverse hacia Napoleón; la persecución sufrida en 1793 a manos de los jacobinos lo había confirmado en su inclinación hacia el liberalismo moderado de tipo británico: en su primera estadía en Estados Unidos, expresó ante Adams y Hamilton el temor de que en el mundo pudiese triunfar "el abominable sistema de Francia".

En 1805 el gran combate europeo trajo victorias de una y otra parte. En Trafalgar, Lord Nelson destruyó el poderío naval napoleónico, y deshizo todo

peligro de invasión a las islas británicas. Al mismo tiempo, ese triunfo inglés perjudicó las comunicaciones entre España y sus posesiones americanas, y abrió mayores posibilidades de acción británica en América. Pero el año se cerró con el apollador triunfo de Napoleón en Austerlitz: la Tercera Coalición fue derrotada; sus integrantes continentales quedaron golpeados y dispuestos a buscar la paz con el corso. La cadena de victorias napoleónicas continuó, culminando con la batalla de Jena en octubre de 1806. El emperador dominaba el continente mientras Inglaterra quedaba sola.

Sin perder el ánimo, Gran Bretaña se esforzó durante 1806 y 1807 en provocar interrupciones latinoamericanas contra España, a la vez que en Europa aplicaba un contrabqueo al sistema continental creado por Napoleón. Sin embargo, la muerte de Pitt en enero de 1806 y la naturaleza más vacilante de su sucesor Grenville hizo que Miranda dejara de recibir el pleno apoyo que ya se le había prometido. El Precursor había zarpado de Estados Unidos, en el barco Leander, con ayuda norteamericana limitada, hacia Barbados, donde el almirante inglés Lord Thomas Alexander Cochrane estaba comprometido con darle ayuda militar y naval, activa y directa. Confiando en esa ayuda, Miranda desembarcó en Venezuela, en la costa de Coro. Pero de pronto falló la parte inglesa: Grenville estimó que una acción directa de Cochrane haría fracasar su política de "ablandamiento" de España y le ordenó que retirara su apoyo al prócer venezolano.

No obstante esta prudencia del gobierno inglés, los medios mercantiles del país siguieron presionando en favor de una política audaz de penetración en Hispanoamérica y lograron que el almirante Sir Home Popham y el coronel Beresford navegaran del Cabo de la Buena Esperanza (que habían tomado meses antes) hacia Sudamérica, con el fin de ocupar Buenos Aires, Montevideo y el estuario del Río de la Plata. Popham esperaba que los argentinos acogieran a los ingleses como amigos y aliados para una lucha liberadora contra España. En junio de 1806 la escuadra de Popham llegó a Buenos Aires y capturó la ciudad; el virrey Sobremonte huyó sin pelear. Durante dos meses, Popham y Beresford gobernaron Buenos Aires, decretaron la abolición de la Inquisición y la vigencia de la libertad de conciencia, y llamaron a los habitantes de Hispanoamérica a alzarse contra el rey de España. Pero descubrieron —como lo hizo Napoleón en la península ibérica— que desde fuera no se puede imponer el progreso a un pueblo en contra de su voluntad. Fue demasiado evidente, por otra parte, la codicia mercantil que inspiraba la política inglesa. En agosto de 1806 los porteños se alzaron contra los invasores ingleses, bajo la jefatura de Santiago Liniers, argentino de clase media, de origen francés. Popham tuvo que retirarse precipitadamente de Buenos Aires y Beresford cayó en manos de los insurgentes. Para salvar su prestigio el gobierno inglés decidió atacar de nuevo. En enero de 1807 una expedición naval británica capturó Montevideo, mientras el general Whitelocke sitió Buenos Aires. Ante la tenaz y exitosa defensa porteña, los ingleses aceptaron retirarse del Río de la Plata a cambio de la libertad de Beresford. De esta manera fracasó el intento inglés de intervención armada directa en Latinoamérica. Sin embargo, a mediano plazo, lo sucedido ayudó a la causa inglesa: la lucha exitosa de los porteños contra un invasor extranjero fortaleció el sentimiento nacional argentino que, de un modo inevitable, en lo sucesivo iría dirigido contra España y objetivamente en favor de los intereses comerciales y políticos británicos.



Miranda, no obstante la decepción sufrida en 1806, regresó a Londres en 1807. Sus amigos ingleses lo habían llamado, confiados en la posibilidad de una futura alianza general entre la potencia británica y las fuerzas rebeldes de América Latina. Efectivamente, en 1808 parecía acercarse una fase de acción conjunta entre ingleses y eventuales independentistas contra el poder español, ahora ejercido por el usurpador José Bonaparte. La imposición de "Pepe Botellas" provocó el levantamiento del pueblo de España contra el nuevo rey y contra los franceses. Los rebeldes españoles, partidarios de la sucesión de Fernando VII, se declararon aliados de Gran Bretaña. Igual consigna adoptarían pronto en Hispanoamérica los elementos opuestos al orden existente.

En 1809 Napoleón concibió la idea de contrarrestar la penetración inglesa en Latinoamérica. Ante la rebelión del pueblo español, en nombre de Fernando VII contra José Bonaparte, el emperador decidió movilizar a los hispanoamericanos en favor de José y de Francia mediante la promesa de la independencia. Sin consultar a su hermano José, quien se oponía al otorgamiento de la independencia a las colonias, Napoleón envió agentes a Hispanoamérica, con el encargo de fomentar la idea de una soberanía nacional bajo protección e influencia francesas. De ese modo, la causa bonapartista tendría de su parte a los americanos contra Fernando VII. Al mismo tiempo, Francia ganaría acceso a los mercados del Nuevo Mundo y cerraría el camino a su enemigo británico.

Esa iniciativa se saldó con un fracaso. Napoleón, conocido por su despotismo creciente y sus arbitrariedades, no convenció a los liberales de Hispanoamérica. Ante la actitud fría de patriotas y liberales latinoamericanos, Napoleón retiró a sus agentes y abandonó su segundo plan para establecer la presencia francesa en América Latina.

Fue Inglaterra la que logró en 1809 ganar la confianza tanto de los antibonapartistas españoles como de los patriotas y liberales de Hispanoamérica. Se firmó en ese año un tratado por el cual Inglaterra reconoció a la Junta de Sevilla como legítimo gobierno de España. Sir Arthur Wellesley trató de presionar a la Junta para que concediera a los ingleses la libertad de comercio en América Latina. A tal fin, utilizó a Miranda como medio de chantaje: si la Junta no cedía, Londres podría optar por apoyar al combativo y peligroso venezolano. Pese a este chantaje, la Junta de Sevilla no se comprometió en el sentido deseado por los ingleses.

En 1810, al estallar la rebelión hispanoamericana, cada uno de los focos insurreccionales se apresuró a buscar contactos con el mundo exterior para conseguir asistencia. Ya descartada la posibilidad del apoyo napoleónico, los rebeldes latinoamericanos pudieron elegir entre una orientación preferente hacia Inglaterra o hacia Estados Unidos. Ambas potencias compitieron por el favor de las juntas patrióticas hispanoamericanas, mediante el envío de agentes político-comerciales.

En 1811 el Congreso norteamericano adoptó la Resolución de No Transferencia, con miras a contrarrestar cualquier posible intento, por parte de España, de ceder sus colonias a Francia o a Inglaterra. Desde 1816 en adelante la corriente política encabezada por Henry Clay favorecía en Norteamérica el reconocimiento de los nacientes Estados independientes latinoamericanos. Esos gestos de apoyo político le granjearon algunas simpatías latinoamericanas a Estados Unidos. Para los teóricos radicales de América Latina, Estados Unidos ofrecía la atracción de un sistema de gobierno republicano, mientras que Gran Bretaña representaba la máxima potencia

económica y naval del mundo, cuyos intereses coincidían en gran medida con los de las clases terratenientes y comerciales latinoamericanas. Inglaterra, como gran potencia, podía prestar un apoyo más eficaz que Estados Unidos, país débil y poco desarrollado; por ello era evidente la conveniencia, para los patriotas de Latinoamérica, de orientar sus principales esfuerzos diplomáticos hacia Londres.

Sir Arthur Wellesley, secretario de Relaciones Exteriores desde fines de 1809, recibió la visita en 1810 de una misión de la Junta Patriótica de Caracas, integrada por Simón Bolívar y Luis López Méndez, acompañados y asistidos por Andrés Bello. Bolívar, jefe y portavoz de la misión, representaba dentro del conjunto de los patriotas venezolanos la corriente más radical, partidaria de la separación completa de la metrópoli española. Con franqueza, Bolívar planteó ante Wellesley la tesis de un apoyo y una protección sin reservas por parte de Gran Bretaña, para lograr la ruptura de los lazos de dependencia entre España e Hispanoamérica.

El secretario del Foreign Office desplegó toda su capacidad diplomática para lograr que Bolívar aceptase, por el momento, una fórmula más moderada. Londres apoyaría totalmente a los hispanoamericanos en sus exigencias económicas, coincidentes con los intereses comerciales de los ingleses. En cuanto al aspecto político, no era posible por el momento un apoyo a la independencia latinoamericana. Inglaterra era aliada de la Junta de Sevilla contra Napoleón y no podía colocarse abiertamente al lado de fuerzas radicalmente adversas a su aliado. La fórmula que Wellesley recomendó a los venezolanos fue la de la autonomía limitada, en lugar de la independencia completa. Inglaterra estaría dispuesta a servir de mediadora entre España y los latinoamericanos para tratar de lograr que aquélla concediera a éstos una autonomía política amplia, acompañada de la total libertad comercial. Bolívar y López Méndez tomaron nota con beneplácito de la disposición inglesa: brindar apoyo limitado al movimiento latinoamericano de emancipación; pero lamentaron que ese apoyo no fuese irrestricto.

En ese mismo año (1810), un factor de apoyo a las aspiraciones inglesas en Latinoamérica lo constituyó el tratado comercial suscrito entre Gran Bretaña y el reino portugués. Don Juan, por dicho instrumento, otorgó a Gran Bretaña una irrestricta libertad de comercio con Brasil y le concedió la cláusula de la nación más favorecida. A partir de este momento, Brasil quedó convertido en un virtual protectorado de Inglaterra en el terreno económico. Poco después, don Juan invadió Uruguay para reprimir el movimiento independentista y nacionalista de Artigas. Inglaterra no dio su consentimiento a esa invasión, aunque era conveniente para los intereses británicos: Artigas era nacionalista en lo económico y promovió el desarrollo de la provincia uruguaya con autonomía frente al mundo exterior. Sin embargo, la aparente aprobación inglesa al golpe brasileño contra Artigas provocaba el repudio de algunos patriotas latinoamericanos. Por ello, Londres se apresuró a proclamar su inocencia en el asunto y a ofrecer sus buenos oficios para una paz negociada entre Brasil y los patriotas de la Banda Oriental, asistidos por un cuerpo expedicionario bonaerense que había acudido en ayuda de los uruguayos. Por efecto de la mediación británica —apoyada por la capacidad de ejercer discretas presiones económicas sobre todos los interesados— se logró una tregua; las tropas brasileñas y argentinas fueron retiradas del país, y Artigas tuvo que abandonar el país y dejar en el gobierno a Elio, representante de la metrópoli española.

Entre 1811 y 1814 Inglaterra mantuvo su papel de aliada de España contra

Napoleón, a la vez que protectora de las tendencias autonomistas y liberales en Hispanoamérica. En 1812 Castlereagh sustituyó en el Foreign Office a Wellesley quien, bajo el nombre de duque de Wellington, entró en la historia como vencedor de Napoleón Bonaparte. Continuamente el nuevo secretario de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña trató de convencer a España de que diera completa libertad a los intereses comerciales ingleses en Latinoamérica: a cambio de ello, Londres dejaría de alentar esperanzas independentistas en el Nuevo Mundo y haría lo posible para que los americanos aceptasen la fórmula de la autonomía restringida dentro del marco de la dominación política española. Insistentemente las Cortes españolas —liberales en lo referente a los derechos de los ciudadanos— se negaron a aceptar la fórmula liberal y autonomista, propuesta por los patriotas hispanoamericanos de tendencia moderada, así como por Gran Bretaña. Una proposición hecha por España en 1811, según la cual Inglaterra podría participar en el comercio latinoamericano a cambio de un importante préstamo al fisco peninsular, fue rechazada por el gobierno de Londres.

Para fines de 1814 España había logrado restablecer el control sobre sus colonias americanas. Bolívar tuvo que refugiarse en Jamaica, después de la desastrosa derrota sufrida a manos de Boves y de Morillo. Los patriotas argentinos y mexicanos fueron igualmente derrotados. En aquel momento, quizás habría sido posible para un gobierno español esclarecido crear una mancomunidad hispánica estable, fundamentada en la libertad económica y el autogobierno interno de las provincias americanas, bajo la presidencia política y cultural de la metrópoli ibérica. Pero la obstinación de Fernando VII, alentado por los elementos más reaccionarios y oscurantistas de la nobleza y el clero españoles, hizo imposible tal solución. El rey español quiso restablecer el absoluto monopolio colonial en las relaciones comerciales con Hispanoamérica, y negar a las dependencias americanas todo asomo de autodeterminación o autogobierno. Sin embargo, a fines de 1815, cuando comenzó en América la segunda fase de la lucha independentista, el gobierno español recapacitó en parte: se dirigió a Gran Bretaña y le ofreció el libre comercio con las colonias hispanoamericanas si, a cambio de ello, Inglaterra aceptaba socorrer a los ejércitos españoles en la represión del movimiento emancipador, condición ésta que los ingleses no podían ni querer aceptar.

Ante esas manifestaciones de intransigencia española, ocurridas mientras los patriotas hispanoamericanos seguían haciendo gestos de buena voluntad hacia Inglaterra y los ingleses, el gobierno de Londres inició una política de doble aspecto. En el nivel oficial siguió instando a la corona española de doble aspecto, mediación imparcial entre ella y sus colonias. A cambio de la libertad de comercio otorgada como condición previa, Inglaterra se esforzaba por moderar los ímpetus independentistas y por convencer a los dirigentes de la revolución nacional americana para que aceptaran una autonomía limitada dentro del marco del imperio hispánico. Por otra parte, en el plano secreto, los dirigentes de la política inglesa alentaron y apoyaron a los luchadores por la independencia latinoamericana: el asilo de Bolívar en Jamaica, préstamos y créditos otorgados a los patriotas, la tolerancia y la complicidad oficiales ante el contrabando de armas inglesas para los rebeldes, y el estímulo discreto a los voluntarios de la Legión Británica y otras unidades al servicio de la causa independentista, constituyeron las principales formas de colaboración de Gran Bretaña con la lucha libertadora de Latinoamérica. Así

mismo, la diplomacia inglesa se opuso a las presiones de la Santa Alianza o del Concierto Europeo en favor de las pretensiones absolutistas y restauradoras de Fernando VII en América. En 1817 España, respaldada por Rusia, planteó ante una conferencia de embajadores del Concierto Europeo la conveniencia de intervenir conjuntamente contra la insurrección latinoamericana. Inglaterra movilizó a sus diplomáticos y logró que la conferencia se abstuviera de adoptar una decisión sobre la materia. En 1818 España se presentó nuevamente ante el Concierto para quejarse de la segunda intervención militar portuguesa-brasileña contra los rebeldes uruguayos. Aunque Fernando VII se contentaba de la derrota de Artigas, no podía aceptar sin protestas la ocupación, e inminente anexión, de una parte de Hispanoamérica por la corona portuguesa. Gran Bretaña apoyó a Portugal y Brasil, protegidos y vasallos suyos en el ámbito económico, y propuso fórmulas de transacción que permitieron a España aceptar dignamente la ocupación brasileña de la Banda Oriental. España rechazó las mencionadas fórmulas y en 1819 el Concierto Europeo aceptó la anexión de Uruguay a Brasil.

En este caso se hizo evidente que Gran Bretaña sólo apoyaba a aquellos rebeldes latinoamericanos que se mostraban dispuestos a hacerle concesiones comerciales. El Reino Unido de Portugal y Brasil daba plena libertad económica a los intereses británicos; por parte de Bolívar y San Martín existía la misma inclinación. En cambio, Artigas —en grado menor que Rodríguez Francia en Paraguay— encarnaba un nacionalismo económico latinoamericano, reñido con las ambiciones del imperialismo económico, y por ello fue mirado como adversario por los dirigentes ingleses.

En el Congreso de Aquisgrán, efectuado por el Concierto Europeo en 1818, España reiteró su petición de que las potencias del Viejo Mundo interviniesen conjuntamente para aplastar la rebelión del Mundo Nuevo. Una vez más, Gran Bretaña se opuso y logró evitar que se tomara una decisión sobre el tema. El Congreso manifestó su deseo de que la rebelión de los súbditos americanos del rey de España llegase a su fin, a través de la mediación ofrecida por la Gran Bretaña.

Entre tanto, la actitud de Francia, sometida desde 1815 al régimen de la Restauración, fue hostil hacia la causa de la independencia. En el Congreso del Concierto Europeo (Aquisgrán, 1818), cuando Fernando VII pidió la intervención colectiva contra los rebeldes americanos, la Francia de Luis XVIII se mostró favorable a la idea. Ello se debió, en primer lugar, al pensamiento contrarrevolucionario y antiliberal de un régimen representativo de la nobleza y la alta burguesía financiera. En segundo término, Francia vio en una eventual intervención colectiva en Hispanoamérica la posibilidad de lucirse como potencia militar en un plano de igualdad con los vencedores de 1814.

Sin embargo, a partir de Aquisgrán, Francia comenzó a comprender que la independencia hispanoamericana era inevitable. Desde entonces, intentó desplazar la influencia inglesa y liberal de los nuevos Estados, en beneficio de su propia orientación, favorable a las corrientes monárquicas y conservadoras. Esa línea de acción se perfiló con mayor claridad a partir de 1820, cuando la revolución liberal sacudió a España. Ese mismo año la diplomacia gala trató de convencer a los argentinos de que aceptasen como rey al príncipe de Lucca, miembro de la familia Borbón. Pero los patriotas rioplatenses rechazaron tal fórmula: si aceptaban un régimen monárquico, éste debía ser constitucional y liberal.

En 1822, en el Congreso de Verona, Francia —junto con las demás potencias de la Santa Alianza— apoyó la decisión de intervenir militarmente en España para suprimir el régimen liberal y restablecer el poder absoluto de Fernando VII. Francia se mostró en principio dispuesta a participar en tal empresa, a fin de ganar prestigio militar y político, así como para obtener eventuales ventajas comerciales. Pero Gran Bretaña, por las iniciativas que se describen más abajo, en relación con la Doctrina Monroe, disuadió al gobierno de París de sus intenciones.

En 1824, Francia trató de intervenir por última vez en el proceso independentista de Hispanoamérica. Con el fin de sobreponerse a la pérdida de prestigio sufrida ante Gran Bretaña en 1823, el gobierno francés intentó convocar un Congreso del Concierato Europeo sobre Latinoamérica, para representar el papel de árbitro de los destinos del Nuevo Mundo. La diplomacia francesa convenció a Fernando VII para que éste emitiera las invitaciones. Lamentablemente para Francia, el testarudo e insensato monarca español acompañó las invitaciones con la exigencia de una acción intervencionista en América Latina y se negó a pedir la participación de Gran Bretaña en el congreso. Ante esa actitud irritante y divisionista del rey de España, las potencias se negaron a acudir a la cita.

Mientras las relaciones entre Francia y los pueblos latinoamericanos, durante la época de la lucha independentista, fueron pues muy poco fructíferas, y mientras Estados Unidos sufría las desventajas de su relativa debilidad e insuficiente desarrollo, Gran Bretaña desempeñó el papel más destacado como actor externo en el proceso de la lucha emancipadora: fue la gran aliada del movimiento de independencia de la América Latina. Sus intereses comerciales e imperialistas la impulsaban a tal política. Los próceres de la independencia se aprovecharon de la ayuda inglesa, sin hacerse ilusiones sobre los motivos que la inspiraron, y también trataron de sacar ventajas de las contradicciones de intereses entre las potencias.

Bolívar tendía a dar mayor preferencia a la ayuda inglesa que a la norteamericana. Vefía con honda preocupación y desconfianza las tendencias expansionistas que se manifestaban en el país del Norte. Sin embargo, otros importantes dirigentes latinoamericanos, como Francisco de Paula Santander, veían a Estados Unidos con una inclinación más positiva.

### La Doctrina Monroe

Estados Unidos y Gran Bretaña coincidieron en defender a Latinoamérica contra el proyecto de reconquista que las potencias de la Santa Alianza tramaban para el año de 1823. Las medidas que Gran Bretaña tomó para proteger y defender a los países latinoamericanos liberados fueron prácticas y efectivas. Las medidas adoptadas por Estados Unidos fueron de naturaleza doctrinaria y propagandística, y se plasmaron en la proclamación de la Doctrina Monroe.

En 1820 el golpe liberal dirigido por Riego acabó con el absolutismo de Fernando VII y abrió la vía para una evolución constitucionalista en España. Los revolucionarios trataron a Fernando VII con todo respeto, pero le amputaron sus poderes y le obligaron a acatar las disposiciones de una constitución fundamentada en avanzados principios de libertad y de soberanía popular. Para la Santa Alianza —es decir, las potencias absolutistas dentro del Concierato Europeo— la revolución

española constituyó una calamidad y una amenaza; temían el contagio subversivo y la expansión del movimiento antiabsolutista de España a otros países. El zar de Rusia amenazó con intervenir unilateralmente contra los revolucionarios españoles, arrogándose la representación del Concierato. Las demás potencias lo disuadieron: Inglaterra, con una energía considerable, ya que para sus intereses era conveniente el auge del liberalismo y de las clases medias mercantiles en España; Austria, con menos energía pero también con insistencia, en vista de que Rusia era su rival con respecto a la hegemonía sobre Europa centro-oriental; Francia, que no deseaba la interferencia de una potencia del Este en la esfera de los Borbones.

Para 1821 Inglaterra trataba de persuadir a las potencias del Concierato Europeo de que no sólo toleraran la existencia del constitucionalismo liberal en España, sino que igualmente dieran reconocimiento a los nuevos Estados latinoamericanos, bajo la condición de que éstos adoptaran regímenes monárquicos constitucionales. Desde 1820 Inglaterra había tratado de convencer a Bolívar y a Colombia para que abandonaran su terco republicanism y aceptaran la fórmula monárquica que ya había sido aceptada por San Martín, pero que resultaba inaplicable si Bolívar no daba su consentimiento.

Además de la oposición bolivariana, también la actitud de Francia hizo imposible la aceptación de la proposición inglesa. El sector más absolutista y reaccionario de la nobleza francesa, encabezado por el conde de Artois, hermano del rey, logró que el gobierno francés manifestara su oposición no sólo al reconocimiento de eventuales monarquías constitucionales americanas sino igualmente a una aceptación del régimen liberal español. Coincidiendo con Rusia, la monarquía francesa se hizo partidaria de una intervención armada en España, con el fin de restaurar el poder absoluto de Fernando VII.

El reconocimiento de los nuevos países por Estados Unidos en 1822 sirvió para fortalecer las presiones de la burguesía industrial y comercial inglesa, en el sentido de que su gobierno procediera de la misma manera, reconociendo unilateralmente a los Estados latinoamericanos, pese a que la mayoría de ellos tenía regímenes republicanos. El ministro Castlereagh se había opuesto a ello buscando una fórmula aceptable para el Concierato Europeo. Pero Castlereagh se suicidó en agosto de 1822, y su sucesor, Canning, era partidario de una política unilateral inglesa, de independencia frente al Concierato y de entendimiento con las fuerzas liberales del mundo.

En 1822, el Congreso del Concierato en Verona estuvo dominado por los representantes de la Santa Alianza. Canning estaba seguro desde el comienzo de que el Congreso terminaría con la adopción de resoluciones represivas, antiliberales e intervencionistas, incompatibles con los intereses de Gran Bretaña y de la causa del libre comercio mundial. El duque de Wellington fue enviado como representante británico al Congreso de Verona, en una vana tentativa de frenar los ímpetus represivos e intervencionistas de las potencias continentales, inclinadas a aplastar violentamente el liberalismo español. Ante la actitud intransigente de la Santa Alianza, Inglaterra no pudo por el momento hacer nada, y el duque se retiró del Congreso de Verona el día 30 de noviembre de 1822. En ausencia de los ingleses, el Concierato decidió intervenir en España y confió a Francia la tarea de liquidar el régimen constitucional de Madrid y restaurar el poder absoluto de Fernando VII.

El 6 de abril de 1823 los "Cien mil hijos de San Luis" cruzaron los Pirineos bajo el mando del duque de Angulema. El movimiento liberal español, debilitado por

divisiones y contradicciones internas, cayó, y Fernando VII reasumió el mando absoluto e inició una feroz represión contra los constitucionalistas. Por otra parte, insistió ante las potencias de la Santa Alianza para que le ayudaran a reprimir el liberalismo y la revolución no sólo en la metrópoli sino también en los territorios hispánicos de ultramar. Lo que pedía Fernando era nada menos que una expedición colectiva de la Santa Alianza para reconquistar los países hispanoamericanos y someterlos nuevamente a la autoridad del déspota peninsular. Rusia y Francia se mostraban de acuerdo en principio, mientras que el gobierno inglés temía que la expedición interventora en América Latina pudiera convertirse en realidad.

Igual preocupación existía en Estados Unidos. El gobierno del presidente Monroe no sólo se sentía alarmado por la amenaza de intervención de la Santa Alianza en América Latina, sino también por el expansionismo manifestado en el propio continente norteamericano por una de sus potencias miembros, Rusia. En 1821 un ucase del zar Alejandro I extendió los límites del mar territorial ruso hasta 100 millas italianas frente a la costa de Alaska, y más abajo hasta el paralelo 51°. Se prohibía a barcos de otras nacionalidades penetrar en ese espacio marítimo. La medida equivalía de hecho a un avance del imperialismo ruso de Alaska hasta Oregón. No sólo por el Sur sino también desde el noreste, Estados Unidos sentía la presión intervencionista de la Santa Alianza. Ante la pretensión territorial y marítima rusa, Adams reaccionó con firmeza, comunicando al gobierno del zar que Estados Unidos sostenía "el principio de que los continentes americanos ya no deben ser objeto de nuevas colonizaciones europeas".

Canning, vivamente preocupado ante la amenaza de intervención contra Latinoamérica, resolvió en agosto de 1823 proponer a Estados Unidos una gestión conjunta en contra de dicha amenaza. Propuso a Richard Rush, ministro plenipotenciario norteamericano en Londres, que los dos países coordinasen su acción y emitiesen una declaración conjunta, en la cual manifestarían su decisión de no tolerar la recolonización de Hispanoamérica por las potencias de la Santa Alianza. Rush se mostró receptivo pero insistió en que Inglaterra, como condición previa a una declaración conjunta, debía dar reconocimiento oficial a las repúblicas latinoamericanas. Canning rechazó esa condición, que resultaba inaceptable para la opinión de los círculos dominantes ingleses, y cuya aprobación habría significado un golpe contra las potencias del Concerto. Pese a la negativa británica, Rush informó a su gobierno de la proposición de Canning.

Monroe consultó sobre la propuesta inglesa a los ex presidentes Jefferson y Madison, así como a su secretario de Estado John Quincy Adams. Los dos antiguos mandatarios se mostraron a favor de una declaración conjunta con Gran Bretaña. Madison pensaba que tal documento debía tener el carácter de un manifiesto general elaborado por los dos países anglosajones liberales contra el absolutismo y la opresión: no sólo debía hablarse de defender la integridad de las Américas, sino que también se aprovecharía la oportunidad para hacer un pronunciamiento a favor de la liberación de Grecia, y así pasar a la ofensiva contra los opresores de los pueblos. Adams se opuso tajantemente a esas ideas. En primer lugar, le pareció peligrosa una declaración que hablara de Grecia u otros países del Viejo Mundo, ya que tal declaración violaría la doctrina de los "dos hemisferios", emitida por George Washington. Si Estados Unidos se arrogaba el derecho de intervenir, solos o en compañía de Gran Bretaña, en problemas europeos, las potencias de Europa, a su

vez, podían con pleno derecho intervenir en América. Para Adams era imperativo mantener incólume el principio de que, a cambio de la no interferencia extranjera en las Américas, Estados Unidos se abstendría de participar en la política de Europa. Por otra parte, Adams se mostraba reacto a una declaración conjunta con los ingleses. Como realista político de ideas imperialistas, John Q. Adams preveía el porvenir de Estados Unidos en términos de hegemonía sobre las Américas. Por el momento, sin duda, esa hegemonía estaba en manos de Inglaterra, pero Estados Unidos estaba destinado, en el transcurso de su desarrollo hacia la condición de gran potencia, a chocar con los intereses británicos, y a neutralizarlos y desplazarlos paulatinamente. Había que vivir en paz con Inglaterra, ya que esa potencia era grande y peligrosa; había que cooperar con ella en algunos campos, pero no debía desestimarse ninguna oportunidad para afirmar la personalidad y los intereses soberanos de Estados Unidos, y competir con Gran Bretaña siempre que fuera posible. Latinoamérica, y sobre todo el área del Caribe, eran zonas de rivalidad entre Inglaterra y Estados Unidos. En ningún caso —pensaba Adams— debía darse a Gran Bretaña la ventaja moral y propagandística de figurar como iniciadora y promotora principal de una gestión conjunta. En las actuales circunstancias, se trataba de ganar la amistad y la confianza de los países latinoamericanos. Entre Inglaterra y Estados Unidos, ¿cuál de los dos países lograría figurar como el defensor y protector más decidido y leal de las nuevas naciones emergentes y, por ende, se convertiría en su guía hegemónica? Si Estados Unidos aspiraba a ese papel, debía aprovechar la ocasión para emitir una declaración unilateral y no conjunta con Inglaterra.

Monroe tuvo objeciones iniciales al planteamiento de su secretario de Estado. ¿Acaso tenía Estados Unidos la fuerza suficiente para enfrentarse solo a la Santa Alianza, sin ayuda inglesa? ¿No era peligroso y temerario un gesto de desafío unilateral a tan poderoso conjunto de países? Adams tranquilizó a su presidente. Inglaterra —él lo sabía bien— estaba obligada por sus intereses vitales a actuar en contra de una intervención de la Santa Alianza. Con declaración conjunta o sin ella, la flota británica se interpondría entre Hispanoamérica y las potencias absolutistas, protegiendo la nueva esfera comercial inglesa de las apetencias de los demás Estados europeos. Las Américas, comprendido Estados Unidos, no necesitaban temer nada, pues Gran Bretaña las defendería necesariamente por su propio interés. Sin correr ningún verdadero riesgo físico, la república norteamericana lograría por una declaración unilateral un importante triunfo propagandístico y político sobre su rival inglés.

Adams quiso que la declaración resultante fuese comunicada a las diversas potencias por nota diplomática. Monroe, por su parte, creyó preferible incorporar la al mensaje presidencial de fin de año; Adams aceptó esa tesis. El presidente preparó un proyecto en el que aparecieron menciones a Grecia y al despotismo en el Viejo Mundo, y el secretario de Estado lo convenció de que suprimiera tales alusiones. La versión definitiva de la declaración se debe esencialmente a la pluma de Adams. Su tenor, como parte del mensaje presidencial presentado al Congreso el 2 de diciembre de 1823, es el siguiente: "Los continentes americanos, por la condición libre y soberana en que se encuentran, desde ahora no han de ser considerados como objetos de futura colonización por parte de cualesquiera potencias europeas (...) El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente diferente (...) del sistema

de América (...) Por ello, en honor a la franqueza y a las relaciones amistosas existentes entre Estados Unidos y aquellas potencias, debemos declarar que consideráramos todo intento de su parte de extender su sistema a cualquier porción de este hemisferio como algo peligroso para nuestra paz y seguridad (...) Con las colonias existentes (...) de cualquier potencia europea, no hemos interferido ni tenemos la intención de interferir. Pero con respecto a los gobiernos que han declarado su independencia (...) no podríamos considerar ninguna intervención realizada con el propósito de oprimirlas (...), por parte de cualquier potencia europea, de otra manera que como la manifestación de una disposición inamistosa hacia Estados Unidos (...) Nuestra política en lo concerniente a Europa (...) sigue siendo la misma; es decir, la de no interferir en los asuntos internos de ninguna de sus potencias (...)?

Mientras Adams redactaba esos párrafos del mensaje de su Presidente, el secretario de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña había realizado las gestiones que realmente, de manera práctica y efectiva, salvaron a la América Latina de una intervención de la Santa Alianza. A sabiendas de que Francia era la potencia de cuya decisión dependía una eventual expedición contra los países liberados, Canning concentró sus esfuerzos en comunicar al gobierno de París que una decisión de invadir Hispanoamérica sería mirada como hecho muy grave por Inglaterra, quedando implícita la amenaza de utilizar la flota británica para impedir por la fuerza cualquier desembarco.

La advertencia de Canning fortaleció en París los argumentos de aquellas personas que desaconsejaban una expedición hacia Latinoamérica, ya fuera por motivos políticos o por consideraciones de índole financiera y administrativa. El 9 de octubre de 1823, el príncipe de Polignac, embajador de Francia ante la Corte de St. James, suscribió un memorando en el cual negaba que Francia abrigase intención alguna de intervenir en Hispanoamérica. Con el memorando Polignac en su gaveta, y la certeza de que ya no existía peligro de intervención de la Santa Alianza en América, Canning perdió todo interés en una gestión conjunta con Estados Unidos, y eludió todo contacto con el ministro plenipotenciario Richard Rush. Al recibir la noticia de la declaración, hecha unilateralmente por el presidente Monroe, Canning se disgustó: después de que Inglaterra había realizado todo el trabajo para disuadir a la Santa Alianza de intervenir en el Nuevo Mundo, Estados Unidos se arrogaba el mérito y se robaba los laureles correspondientes al Foreign Office.

Con el fin de aclarar las cosas y explicar al mundo que no era la declaración norteamericana la que había salvado a Latinoamérica de la intervención, sino que el hecho se debía a la energía y al poder de Gran Bretaña, el secretario Canning resolvió publicar el Memorando Polignac. La publicación se efectuó en el mes de marzo de 1824 y ofendió gravemente al gobierno francés. Sin embargo, esta indiscreción sirvió para demostrar a las naciones que la verdadera protectora de los nuevos países hispanoamericanos no era Norteamérica sino Inglaterra.

La declaración emitida en diciembre de 1823 por el presidente de Estados Unidos llegó a ser conocida como la Doctrina de Monroe. A través de ella, Norteamérica asume unilateralmente el papel de protectora de los demás países del hemisferio. Los espíritus crílicos en Latinoamérica, y sobre todo Simón Bolívar, se dieron cuenta en seguida del contenido potencialmente imperialista y hegemónico de la Doctrina, que serviría más adelante de base para las intervenciones norteamer-

ricanas en asuntos internos de los pueblos latinoamericanos; intervenciones dictadas por la rapacidad y la ambición de poder, pero justificadas en teoría por el empeño de "proteger" o "defender" a las víctimas, supuestamente en peligro de ser atacadas por potencias extracontinentales.

### El Congreso de Panamá

En contra del concepto unilateral y hegemónico contenido en la Doctrina de Monroe, el Libertador Simón Bolívar planteó el principio de la solidaridad de todos los países latinoamericanos en un plano de igualdad, y la seguridad colectiva como fórmula de defensa común contra agresiones emanadas desde dentro o fuera de la región. El pensamiento bolivariano rechazaba las hegemonías; para él, los pueblos hispanoamericanos debían adoptar mecanismos multilaterales para que, unidos y en perfecta igualdad de condiciones, garantizaran su seguridad y su progreso.

A partir de 1821 el Libertador tuvo la idea de organizar un congreso de las repúblicas libres del continente, con el fin de crear las bases de una Hispanoamérica unida y solidaria. Por instrucciones de Bolívar, Pedro Gual, como canciller de Colombia, escribió a los gobiernos de los nuevos países proponiéndoles una confederación que sería una réplica contra la Santa Alianza, una alianza de pueblos libres, una "verdadera sociedad de naciones hermanas". El gobierno colombiano envió plenipotenciarios que, por lo pronto, suscribieron convenios de alianza con otros países del continente para la defensa conjunta de su independencia ante España o cualquier otra potencia.

Para 1823 la convocatoria de un congreso de los países americanos liberados adquirió mayor urgencia. Existía el peligro de una intervención armada de la Santa Alianza, tal como señalamos en páginas precedentes. El canciller de la Santa Colombia, Pedro Gual, dijo que había llegado el momento de convocar un congreso con sede en Panamá, para crear una confederación americana. Cada país americano soberano enviaría a dos representantes plenipotenciarios para debatir los puntos siguientes:

- 1) alianza y confederación perpetua de los Estados americanos;
- 2) delimitaciones territoriales sobre la base del *uti possidetis* de 1810;
- 3) respeto a la soberanía de cada parte contratante;
- 4) no intervención.

En 1824, desde Lima, Bolívar reiteró su idea de celebrar el Congreso y emitió invitaciones a los gobiernos. El Libertador deseaba que la participación quedase limitada a los Estados de Hispanoamérica, excluía Estados Unidos. Para Bolívar, Norteamérica constituía una amenaza potencial para los pueblos latinoamericanos, más que un amigo y aliado. Uno de los motivos del Libertador para pensar de ese modo residía en el comportamiento de Estados Unidos frente a Cuba.

En 1823 Adams temió seriamente que España pudiera ceder Cuba a Francia, a cambio de la participación francesa en la reconquista de los países rebeldes de Hispanoamérica. (Efectivamente, en España asomó este tipo de ofrecimiento.) Adams creía igualmente posible que España terminaría por entregar Cuba a los ingleses, como premio por una mediación británica favorable en el conflicto entre la potencia ibérica y sus dependencias insurgentes. Ante esos temores, el secretario

de Estado norteamericano optó por hacer todo lo posible para mantener el *status quo* en Cuba. Mientras la isla permanecía en manos de España, Norteamérica no debía temer que fuese usada como base de ataques contra ella. Así mismo, en la Cuba española quedaba abierta la posibilidad de una paulatina penetración de la influencia estadounidense, hasta que en alguna etapa futura las condiciones estuviesen dadas para una anexión de la valiosa isla.

Los gobiernos de Colombia y México, víctimas de ataques españoles lanzados desde territorio cubano, decidieron en 1824 replicar por la fuerza. Barcos colombianos y mexicanos atacaron navíos españoles en alta mar, hasta las cercanías del Estrecho de Gibraltar. Para 1825 la Gran Colombia y México preparaban una invasión a Cuba, para expulsar a los colonialistas españoles de su última base importante. Estados Unidos reaccionó con alarma. Adams—ya presidente para ese entonces—se sintió angustiado ante la idea de que los latinoamericanos independientes pudiesen liberar la isla y arrebatarla de la influencia yanqui. El gobierno norteamericano propuso a Inglaterra una política conjunta para disuadir a Colombia y México de su empeño. Pero Londres y Washington siguieron distintas líneas de acción.

Canning se limitó a sugerir tímidamente que un ataque colombiano y mexicano a Cuba dificultaría el logro de una eventual paz entre España y sus ex colonias. En cambio, la línea norteamericana fue dura. En diciembre de 1825, el secretario Clay exigió a Colombia y a México que suspendiesen sus planes de invasión a Cuba, y en 1826 el presidente Adams ratificó su firme voluntad de garantizar que Cuba siguiera en manos de España.

Este no fue el único motivo por el cual Bolívar miraba a Estados Unidos con recelo. El Libertador no sólo repudiaba la tendencia expansionista del país del Norte, sino también su carácter esclavista. La intención original de Bolívar había sido la de inscribir en la agenda del Congreso de Panamá un punto referente a la abolición no sólo del comercio negro internacional sino también de la esclavitud como institución interna de los países americanos. Tanto Estados Unidos como Brasil habrían quedado excluidos del Congreso por su apego a la institución esclavista; Brasil, además, por su régimen monárquico. Si Bolívar hubiera podido proceder por completo a su propio modo de ver, sin concesiones a las circunstancias y los intereses, el Congreso de Panamá habría sido exclusivamente latinoamericano, republicano y abolicionista. Sin embargo, por no poder ignorar la importancia del coloso lusoamericano, Bolívar admitió que se le invitara al Congreso. En cuanto a Estados Unidos, se les invitó en contra de la voluntad del Libertador, por iniciativa del vicepresidente de Colombia, Francisco de Paula Santander, respaldado por los gobernantes de México y Centroamérica.

A pesar de haber sido invitado, Estados Unidos de Norteamérica por su propia iniciativa se abstuvo de participar en el Congreso. Los representantes de la oligarquía de los estados del sur se opusieron a la participación en el Congreso de Panamá. En primer término porque, según ellos, Norteamérica no debía atarse las manos en compromisos multilaterales, incompatibles con el carácter unilateral y hegemónico de la Doctrina de Monroe. En segundo término, la clase dominante sureña repudió el Congreso por temor a que en él fuera discutida la cuestión de la esclavitud y se colocara a Estados Unidos y Brasil en el banquillo de los acusados. Adams y Clay entendían esos argumentos, y en el fondo simpatizaban con ellos,

pero sabían que la no asistencia al Congreso dañaría la posición de Estados Unidos en Latinoamérica.

Los ingleses, a través de su observador en el Congreso, no perderían la oportunidad de aprovecharse de la ausencia norteamericana para mejorar su propia imagen y consolidar su influencia. El debate entre los proponentes y los adversarios de la participación norteamericana en el Congreso de Panamá se prolongó de tal manera que los dos plenipotenciarios finalmente designados salieron con retraso. Llegaban instrucciones de asumir una actitud pasiva en el Congreso. Uno de los dos enviados pereció en el viaje, a consecuencia de la fiebre amarilla; el otro llegó a Panamá apenas a tiempo para asistir a la sesión de clausura.

Edward J. Dawkins, observador inglés en el Congreso de Panamá, se aprovechó plenamente de la ausencia norteamericana para realizar una activa campaña propagandística a favor de Gran Bretaña y en contra de Estados Unidos. Conforme a las instrucciones recibidas del Foreign Office, Dawkins señaló a los delegados que Gran Bretaña había recibido con beneplácito el plan bolivariano de liberar a Cuba, mientras Estados Unidos acudía en apoyo del colonialismo español y volvía los cañones de su flota contra las escuadras del Libertador. Los latinoamericanos quedaron tan convencidos de la buena fe británica que Pedro Gual propuso pedir a Inglaterra que asumiera la misión mediadora entre Latinoamérica y España para el reconocimiento de la independencia y la paz. Esa proposición no fue votada ni aprobada, pero no cabía duda de que Inglaterra gozaba de la simpatía y la aprobación generales, en contraste con Estados Unidos.

El Congreso de Panamá se inició el 22 de junio de 1826. Estuvieron presentes los representantes de la Gran Colombia, Perú (incluida Bolivia), México y Centroamérica. Las Provincias Unidas del Río de la Plata, Brasil y Chile, por diversos motivos no aceptaron asistir. Paraguay no fue invitado. Argentina no asistió debido al conflicto bélico que tuvo con Brasil por la Banda Oriental. Brasil no asistió en parte por ese mismo conflicto, y también por su temor de que pudiera plantearse el tema de la esclavitud o se cuestionara su sistema monárquico.

El 15 de julio de 1826 las cuatro potencias participantes suscribieron el Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua, por el cual acordaron ligarse y confederarse para la guerra y la paz. El objeto del tratado sería sostener y defender la soberanía e independencia de las partes, mantener la paz y auxiliarse mutuamente en caso de agresión. En caso de guerra común contra un agresor, cada signatario otorgaría libre tránsito por su territorio a las tropas de los países aliados, y el gobierno transitante pagaría los gastos ocasionados; lo mismo se aplicaría al paso de barcos por los puertos y las aguas territoriales de las partes contratantes. Ninguno de los confederados firmaría la paz por separado con un agresor; sólo lo haría de común acuerdo con los demás. Los países signatarios colaborarían, igualmente, para desarrollar conjuntamente su comercio y bienestar mutuos. Procurarían desarrollar bases comunes de política exterior, sin intervenir en las decisiones de cada nación aliada. Así mismo, en el tratado se previó hacerlo extensivo a los demás países soberanos de América, y celebrar congresos o asambleas cada dos años en tiempo de paz, y cada año en tiempo de guerra, para examinar los problemas comunes de América y coordinar la política a seguir por los signatarios.

De este modo, quedaron planteados para el hemisferio occidental dos posibles esquemas de convivencia y organización internacional. El primero, de Monroe, se

fundamentaba en el predominio de una nación sobre las demás, para protegerlas y defender su independencia. El segundo, de Bolívar, expresado en el Congreso de Panamá, tiene por base la igualdad entre los pueblos, la solidaridad y la seguridad colectiva. El esquema de Monroe es fundamentalmente hegemónico y refleja en parte las ambiciones expansionistas de los sectores dominantes del sur de Estados Unidos. En cambio, el esquema de Bolívar es internacionalista y democrático.

Para su época, el esquema bolivariano fue utópico. Las ideas del Libertador, geniales y hermosas, carecían de base de sustentación en la sociedad latinoamericana. Tanto la creación de gobiernos liberales y estables, basados en la soberanía del pueblo como la eventual unidad o confederación latinoamericana, habrían requerido la existencia de capas medias y populares conscientes. Las ideas bolivarianas sólo hubieran podido ser puestas en práctica por una sociedad burguesa, con infraestructuras capitalistas y con buenas vías de comunicación, y vínculos de comercio, entre un país y otro. Pero Latinoamérica era un continente precapitalista y preburgués. Los estragos causados por las luchas de independencia habían ahondado el atraso. Los sectores de la economía latinoamericana que estaban vinculados al comercio internacional—minería, ganadería y plantaciones—no por ello tenían relaciones de producción modernas, sino que en su estructura interna conservaban rasgos feudales o esclavistas. La gran burguesía comercial tenía características psicosociales parecidas a las de la aristocracia terrateniente. Las capas medias integradas por agricultores, artesanos y pequeños comerciantes carecían de los medios de hacer valer sus derechos y sus aspiraciones frente al poder dominante de las oligarquías terratenientes y mercantiles. Los generales de los ejércitos de la independencia constituían un factor decisivo de feudalización. Reacios a entregar el poder que sus armas les habían dado, los generales se convirtieron en árbitros de la política y en amos de la tierra. Cada caudillo regional, militar y latifundista, constituía un factor centrífugo, destructor de la unidad de las naciones latinoamericanas, y de la unidad del continente. Ante tal realidad, era inevitable que Bolívar fracasara en lo inmediato y que triunfara el esquema de Monroe, realista y practicable ya que se basaba en la hegemonía de un país burgués sobre otros de sociedad tradicional.

### Resumen

La época de la independencia latinoamericana se abrió con la insurrección de Santiago Ogé en Haití en 1790. La protesta nacional y social del pueblo haitiano, esclavo en su mayoría, fue estimulada por los sucesos revolucionarios de Francia. Después de la etapa moderada dominada por Toussaint Louverture, la revolución haitiana adquirió su máxima dimensión bajo la jefatura de Dessalines a comienzos del siglo XIX, y desembocó en la independencia completa, convirtiéndose la república negra en foco de irradiación independentista y en centro de solidaridad internacional hasta 1820.

En las colonias españolas la rebelión se fue gestando desde comienzos del siglo XIX, por motivos de explotación económica colonial, discriminación política, opresión social e infiltración de ideas subversivas. La lucha armada en gran escala estalló en 1810-1811 en centros como México, Caracas, Bogotá, Buenos Aires,

Año	Haití	Hispanoamérica	Brasil	Relación entre países americanos
1790	Rebelión de Ogé			
1793	Rebelión de Sonthoux. Lucha de Toussaint			Invasión Angloespañola a Haití
1795	Tratado de Basilea			Tratado de Basilea. Alianza Francia-España
1799	Toussaint domina Santo Domingo			Planes de Napoleón para América
1800				
1801	Leclerc en Haití			
1802	Capitulación de Toussaint			
1803	Muerte de Toussaint. Desesalines. Muerte de Leclerc			Derrota Francesa en Haití
1804	Declaración de independencia de Haití			Planes de Miranda y Popham
1806	Muerte de Dessalines			Desembarco inglés en Buenos Aires. Expedición de Miranda
1807			Don Juan en Brasil	Ingléses expulsados de Buenos Aires. Desembarco inglés en Montevideo. Expulsados de Montevideo

Año	Hispanoamérica	Brasil	Relación entre países americanos	Relación con países europeos
1817				
1818		Don Juan, rey		España pide intervención de la Santa Alianza
1819			Creación de la Gran Colombia	
1820				Revolución liberal española
1821	Anexión de Santo Domingo hispanico			
1822	Plan de Iguala. Independencia de Guatemala	El Rey Juan en Portugal	Uruguay anexado a Brasil	
1822	Inurbide emperador. Unión México-Centroamérica	Grito de Ypiranga. Pedro I, emperador	Confederación de México. Conferencia de Guayaquil	Congreso de Verona
1823			Rebelión de Centroamérica contra México	Invasión de la Santa Alianza a España Doctrina Monroe
1824	Independencia de Centroamérica			
1825				
1825				Rebelión de Uruguay contra del Brasil. Guerra entre Brasil y Argentina. Creación de Bolivia Congreso de Panamá

Tabla cronológica III

Año	Hispanoamérica	Brasil	Relación entre países americanos	Relación con países europeos
1808				
1809				Invasión francesa a España
1810	Levantamientos en México, Venezuela, Argentina, etc.		Aspiraciones de Carlota Joaquina	Acción de agentes franceses en Hispanoamérica
1811	Declaración de independencia de Paraguay y Venezuela		Primera intervención de Brasil en Uruguay	Misión de Bolívar y López Méndez a Londres
1812	Muerte de Hidalgo			
1813	Declaración de independencia de México			
1814				
1815	Morelos derrotado	Brasil, reino		Santo Domingo oriental devuelto a España
1816	Declaración de independencia de Tucumán, declaración de Chile. O'Higgins, Congreso de Tucumán, declaración de independencia de Argentina		Invasión brasileña a Uruguay	

Tabla cronológica III



Asunción y Montevideo. Chile se alzó algo más tarde. Perú y la América Central dieron el paso hacia la independencia en 1821, en gran medida bajo presión externa. Cuba y Puerto Rico permanecieron en manos de España, aunque en su seno no faltó la agitación revolucionaria de minorías decididas.

Brasil, que se había convertido en sede de la monarquía portuguesa por efecto de la invasión napoleónica a la península ibérica, se mantuvo tranquilo hasta 1822, cuando proclamó su independencia sin violencia y bajo dirección monárquica.

Las luchas por la independencia latinoamericana estuvieron acompañadas de problemas y divergencias entre algunos de los nuevos países. Aparte de la pugna entre Brasil y Argentina por Uruguay, y los problemas entre México y Centroamérica, debemos destacar las contradicciones entre Bolívar y San Martín, superadas en la reunión de Guayaquil.

El mundo extralatinamericano observó con interés la lucha de las ex colonias ibéricas por su independencia y trató de sacar beneficios de ese proceso. Inglaterra fue la potencia externa que mejor supo aprovechar la gesta independentista latinoamericana, dando su apoyo a los nuevos países emergentes y obteniendo, a cambio de ello, ventajosos tratados comerciales, así como una discreta pero inconfundible influencia semicolonialista sobre las decisiones de algunos Estados de la región. Por su parte, Estados Unidos trató de asumir el rol de protector de las nuevas repúblicas ascendentes pero, a causa de su debilidad y de sus manifestaciones anexionistas con respecto a las Floridas y Cuba, quedó en un segundo plano por detrás de los ingleses. Francia, con una política contradictoria y generalmente reaccionaria frente a las nuevas fuerzas latinoamericanas, no alcanzó ninguna influencia significativa en la época que nos ocupa.

Los dos hechos más significativos de la época de la conquista de la independencia latinoamericana son:

a) El dinamismo y el vigor del movimiento nacional revolucionario latinoamericano, dirigido en gran medida por élites terratenientes y comerciales, inspiradas por las ideas burguesas liberales de Europa y apoyadas por pueblos en busca de identidad nacional y de avances en la senda de la libertad y la justicia. Durante ese lapso de su historia Latinoamérica deja de ser objeto más o menos pasivo de la política de centros de poder externos, y asume un papel activo.

b) El surgimiento de dos enfoques o visiones del futuro del hemisferio occidental: la visión bolivariana, latinoamericanista, de solidaridad multilateral de países iguales, y el enfoque monroista, de protección ejercida por el gran país del Norte sobre las naciones más débiles del Sur.

### La hegemonía comercial inglesa

Durante la época que se inicia después del Congreso de Panamá y que termina en 1860, América Latina adquirió los contornos políticos actuales. Con pocas excepciones, quedaron definitivamente constituidos y demarcados los Estados nacionales que existen hoy. En ese mismo lapso se impuso la hegemonía comercial y parcialmente política de Gran Bretaña sobre América Latina, seguida de cerca por Francia y por Estados Unidos. En términos generales puede afirmarse que Inglaterra, con su dominación indirecta o semicolonial, sustituyó los colonialismos español y portugués que anteriormente habían regido los destinos de América Latina. Como ya señalamos antes, la dominación colonial ibérica desde hacía tiempo había sido, en lo económico, un factor intermedio entre los países más desarrollados de Europa—sobre todo Inglaterra—y los territorios americanos. Con la eliminación de ese costoso intermediario, Inglaterra asumió directamente, por los mecanismos del libre comercio internacional, la hegemonía económica sobre Latinoamérica.

La hegemonía semicolonial inglesa se distinguió por el carácter discreto y encubierto de los mecanismos de presión aplicados a los países de Latinoamérica. Con considerable tacto, los hombres del Foreign Office tendían a respetar las susceptibilidades personales de los latinoamericanos y a abstenerse de intervenciones o amenazas abiertas y brutales. En ese sentido se diferenciaron positivamente de los crudos métodos intervencionistas empleados por la potencia norteamericana en la etapa de su predominio imperial a partir de 1898. Cabe señalar, sin embargo, que la mayor intensidad del intervencionismo político en tiempos posteriores no resultó simplemente de un estilo subjetivo distinto, sino que fue el producto de una intervención económica cada vez más completa: el semicolonialismo posindependentista en la América Latina pasó de una etapa de exportación de mercancías a otra, fundamentalmente inversionista o de exportación de capitales, de control sobre los recursos naturales y un número creciente de medios de producción. Esto es comprensible pues quienes participan en la economía de un país subdesarrollado, a través de inversiones directas, tienden a intervenir más marcadamente en su vida política y social que aquellos cuyos intereses son meramente comerciales.

Ya hemos señalado que la colonización ibérica impidió la formación y el auge de una burguesía empresarial latinoamericana, al someter la población a un riguroso control político absolutista, al dar supremacía a la clase terrateniente y al frenar el desarrollo de manufacturas locales. La guerra de independencia, con la consecuente destrucción de los medios de producción existentes, acentuó la ruina de la burguesía incipiente en diversas partes de Latinoamérica, y favoreció el auge del feudalismo militar, incompatible con la integración nacional sobre bases burguesas.